

CITA EN EL FUTURO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

Cita en el futuro está ambientada en el remoto planeta Aita, donde tiene lugar una de tantas guerras coloniales entre el agonizante Imperio Galáctico y los nativos, reacios a someterse al pesado yugo imperial. El cruento conflicto, que ha arrasado gran parte del otrora fértil planeta, se encuentra empantanado pese a que los invasores utilizan como fuerza de choque a tropas del IRE (Infantería Represiva de Élite), unas temibles unidades especiales integradas por hombres manipulados quirúrgicamente para convertirlos en insensibles máquinas de matar. El protagonista, David Landon, es un antiguo opositor al régimen imperial que, como castigo -un castigo peor que la propia muerte-, ha sido transformado en uno de esos robots de carne y hueso que, por un afortunado azar, no ha perdido, a diferencia de sus compañeros, sus facultades mentales conscientes… algo que disimula impelido por su instinto de conservación, aguardando la llegada de una oportunidad para escapar a su cruel destino.



A. Thorkent

Cita en el futuro

Bolsilibros: El Orden Estelar - 7

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 369

ePub r1.1

xico_weno 09.09.15

Título original: *Cita en el futuro*
A. Thorkent, 1977

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando recibí la orden mental de presentarme a mi comandante en jefe, sólo dejé transcurrir el tiempo preciso en aquellos casos. Ir demasiado aprisa no era aconsejable. Los soldados como yo debían actuar meticulosamente, sobre todo cuando se reciben instrucciones de la clase B.

Tan sólo cuando las órdenes son transmitidas en clase A, debemos saltar como resortes y actuar como realmente somos: robots humanos.

Dejé la trinchera y me deslicé cuidadosamente entre los vericuetos del puesto. En tres ocasiones me dieron el alto, y respondí con la consigna del día. Un sargento, con medio rostro quemado y mal curado, me salió al paso y me hizo unas preguntas. Luego, con un gesto, me indicó que siguiera y marchase más aprisa.

El puesto del comandante estaba a unos tres kilómetros de donde yo me encontraba, cuando recibí la orden. Tardé casi media hora en llegar allí. Así, esperé otros diez minutos en un recoveco, oculto de las miradas de todo el mundo, esperando el plazo normal para presentarme a él.

Dejé en la puerta, junto al centinela, mis armas, y bajé al subterráneo. Hasta mí llegó un penetrante olor a café recién hecho, y la boca se me hizo agua. Un soldado cualquiera no hubiera distinguido la calidad del café aquel con el que nos servían todas las mañanas, y al que tanto trabajo me había costado habituarme. Pero ya podía representar bien mi papel, y mis facciones no se alteraron lo más mínimo.

Un teniente levantó la cabeza, y me interrogó con la mirada.

Después de dar un sonoro taconazo, dije:

—Se presenta el soldado AF345UH-289. He recibido orden de presentarme aquí.

El teniente buscó un papel y me preguntó:

—¿Tu nombre?

Tragué saliva con dificultad. ¡Hacía tanto tiempo que no pronunciaba mi nombre en voz alta!

—David Landon.

Espera por ahí. El comandante te llamará pronto. Puedes sentarte, si lo deseas.

El oficial me volvió la espalda y tomó la cafetera, llenándose una taza de humeante y aromático líquido. Yo busqué una silla. Al no encontrarla, me senté sobre unas cajas de acero. Permanecí quieto, mirando cómo el teniente bebía el café.

A veces, me preguntaba si algún día no iba a cometer una equivocación que me delatara. Mi actuación era muy difícil. Tenía que actuar en un ambiente hostil, de forma que nadie sospechara mi condición de normal. Aquel teniente parecía ser un oficial normal. Claro que él estaba allí voluntariamente porque la paga era sustanciosa. No todos los oficiales eran normales. Muchos eran adaptados, pero se decía que no servían para mucho. Morían a montones. La proporción de bajas entre los oficiales adaptados era infinitamente mayor que entre la tropa.

El día anterior había estado escuchando la conversación de dos oficiales normales. Ninguno de ellos podía sospechar que el soldado que estaba cerca prestaba atención a sus palabras, y hablaron libremente. Así, me enteré que la guerra no marchaba tan bien como todos hubieran deseado. El enemigo era más fuerte de lo que parecía, y cada día que transcurría sus defensas eran mayores. Por lo tanto, según la opinión de los dos oficiales, en cualquier momento podía esperarse una fuerte ofensiva por su parte.

Nosotros estábamos perdiendo, la iniciativa, en aquel cochino planeta. Me alegré infinito, cuando les escuché decir que, tal vez, antes de unas semanas, reembarcaríamos y dejaríamos a aquellos nativos solos. El Imperio, manipulando adecuadamente las noticias ante la opinión pública, haría que aquella guerra estúpida, que quedaría en tablas, apareciera como una victoria.

Al parecer, en la Tierra existían sectores que estaban en contra de la presencia de las tropas de choque. Nos llamaban Infantería Represiva de Élite, IRE.

Por supuesto que, salvo algunos jefes y oficiales, el cuerpo expedicionario estaba compuesto exclusivamente por ciudadanos en

situación X, lo cual equivalía que el Imperio podía hacer con ellos lo que mejor le pareciera. Podía matarnos, hacernos picadillo, achicharrarnos… ¡O convertirnos en soldados del IRE!

Cuando el Imperio tenía problemas en algún planeta, que se rebelaba contra su tiranía, enviaba tropas regulares. Si éstas fracasaban, echaba mano a las divisiones IRE.

En aquel planeta, las tropas regulares habían tenido que marcharse, derrotadas.

Aquello ocurrió hacía un año, y nosotros estábamos allí desde hacía tres meses.

Pero los condenados nativos se defendían como demonios. No se asustaron ante nuestra presencia, ante la fama que nos precedía.

No era para menos porque nosotros combatíamos sin temor ante luchar días y semanas sin tomarnos un descanso, hasta que nuestros organismos, humanos al fin, caían reventados por el esfuerzo. Pero de todas formas, componíamos unas huestes diabólicas, capaces de descomponer a los más aguerridos soldados.

Empero, los aitas, los habitantes de aquel planeta, no se amilanaron. Se empeñaron en echarnos de su planeta, como antes lo habían conseguido con las tropas regulares.

Aita no valía mucho, pero el Imperio tenía que mantener su prestigio. Si al final tenía que reembarcar al ejército expedicionario IRE, impondría un bloqueo a Aita.

Ninguna nave de la Galaxia podría aterrizar en Aita, una vez que nosotros nos marcháramos. Un campo de fuerza la cubriría durante siglos.

Sabía que el Imperio había lanzado un ultimátum a los gobernantes de Aita, dándoles un plazo para rendirse. Según los oficiales, apenas quedaban unos días para comenzar la retirada. Apenas saliese la última nave punitiva imperial, el campo se extendería alrededor de Aita, y nada ni nadie podrían desactivarlo. Únicamente, al cabo de muchos cientos de años, iría perdiendo fuerza, hasta desaparecer.

El teniente terminó de beber el café, y dejó la taza.

Volvió a su trabajo, y yo me moví un poco, buscando una postura más cómoda.

Desde que supe que quedaban pocos días para que el ejército IRE se retirase, comencé a concebir esperanzas de salvación. Sabía

que tocaríamos algunos planetas, durante nuestro viaje de regreso hasta nuestros cuarteles en Plutón. Con un poco de suerte, podría conseguir escapar. ¿Quién iba a sospechar que un soldado adaptado del IRE tenía proyectado desertar? Era algo que nunca había ocurrido en toda la tenebrosa historia de aquel cuerpo militar, formado por ladrones, asesinos y enemigos del Emperador, por condenados por las leyes imperiales.

Hasta el momento, había sido afortunado. Nadie sospechaba que yo, al contrario que todos mis desgraciados compañeros de armas, podía pensar libremente.

Pero conseguir pasar desapercibido era un trabajo agotador, que constantemente me mantenía en tensión. Tenía que simular sin cesar, estar alerta en todo momento. Al principio, resultó muy difícil, pero al final había conseguido representar a la perfección el papel de soldado-robot.

Yo sólo me diferenciaba de los demás en la mente.

Por lo demás, era igual a los soldados que compartían conmigo las trincheras y la lucha. Mi cabeza tenía insertado el transmisor diminuto, por el cual recibía órdenes de mis superiores. Mis dientes, de acero, eran capaces de devorar cualquier clase de porquería que nos preparaban como rancho. Gracias a mi estómago, no había muerto reventado a causa de la comida. Los pulmones estaban reforzados, y podía estar horas sin respirar o vivir en una atmósfera liviana o terriblemente densa, con mucho o poco oxígeno.

Hacía un año que había entrado un día en el quirófano, y salí convertido en un soldado más del IRE. Idéntico a los cientos de miles que estaban en el planeta Aita; sólo era diferente en que podía pensar por mi cuenta, que cuando recibía una orden mental de ataque, sentía un miedo atroz y vacilaba, al contrario de cómo hacían los demás, que se lanzaban contra el enemigo, sin pensar que lo más fácil era que se topasen con la muerte.

A veces, había pensado que, para estar en el IRE, en Aita, en una guerra como aquélla, lo mejor era ser un adaptado, no un hombre con mente normal, y forzado a representar el papel de un soldado-robot.

Constantemente me preguntaba cómo había podido salir con la mente intacta del quirófano. Cuando me percaté de que, por una jugada del destino, seguía siendo un hombre normal, me hice el

propósito de fingir durante el tiempo que fuese hasta que se me presentase la oportunidad de huir.

Fugarse de Plutón, de los cuarteles subterráneos, era imposible, aunque desde el primer momento empecé a planear la huida. Cuando lo tenía todo pensado, un día hicieron salir mi compañía del barracón, y la embarcaron en una nave. No nos dijeron nada. Los soldados del IRE, no tenían derecho a preguntar nada.

Después de varias escalas técnicas en diversos planetas, sin bajar ni un instante de la nave, supe que había llegado a mi destino.

En Aita nos recibieron sus habitantes furiosamente.

Al IRE le costó cientos de miles de muertos establecer una cabeza de puente en el mayor de los continentes.

El planeta rebelde estaba situado a trescientos años luz de la Tierra, y nunca admitió el dominio del Imperio. Sus habitantes, humanos descendientes de colonizadores solares de la primera época de expansión estelar, estaban dispuestos a morir, antes que consentir en perder su libertad y convertirse en súbditos del Imperio.

Consiguieron expulsar a las tropas regulares imperiales, y parecían capaces también de lograr que los feroces soldados del IRE embarcasen en sus transportes y se marchasen.

Ahora sólo había que esperar la respuesta de los gobernantes aitas, aunque los oficiales estaban casi seguros que no admitirían la derrota, prefiriendo quedarse bloqueados en su mundo, durante siglos.

Nunca había visto de cerca a un aita, ni estaba seguro de que hubiera matado a alguno. Sólo los había visto muertos en combate. Los soldados del IRE no hacían prisioneros. No estaban acondicionados para ello. Sus órdenes eran matar al enemigo, y a los aitas no les valían alzar las manos y arrojar las armas. Ya habían aprendido que, ante nosotros, tenían que combatir hasta morir.

Algunas veces me pregunté qué haría yo si me encontraba con un aita herido o desarmado. Mi obligación era matarlo. No hacerlo significaría que yo era un soldado raro, que merecía una investigación.

Por suerte para mí, nunca me encontré en tan comprometida situación.

Súbitamente, consideré mi presencia allí, en el puesto de mando

de la compañía. ¿Para qué me habían llamado? ¿Desde cuándo el comandante Kemhes llamaba a un simple soldado personalmente?

De no estar el teniente frente a mí, repasando unos informes, hubiera movido, desalentado, la cabeza. De todas formas, debía estar algo pálido.

Indudablemente, algo raro estaba ocurriendo. ¿Sospechaban de mí?

El zumbador que estaba encima de la mesa del teniente reclamó su atención. Se escucharon unas incomprensibles palabras, le vi asentir respetuosamente, y el oficial me hizo un ademán para que me levantase.

Lo hice como impulsado por un resorte y me puse firmes.

—Puedes entrar. El comandante te espera. Límpiate antes las botas de barro.

Delante de la puerta había un felpudo muy gastado, y restregué en él las suelas de mis botas, manchadas de barro.

Luego empujé la puerta, y me hallé ante el comandante Alf Kemhes. Era un hombre de unos treinta años, normal por supuesto, de mirada dura y rostro seco. Debía ganar una fortuna mensual para estar allí voluntariamente, al frente de un montón de hombres a los que la voluntad les había sido extirpada.

Saludé rígidamente, y empecé a recitar mi número.

Pero el comandante me interrumpió con un gesto, señaló hacia un rincón del despacho y dijo:

—Este hombre ha venido desde la Tierra. Se llama Cole Harriman.

Entonces me fijé en él. Era mayor, tal vez había rebasado los sesenta años, aunque aún se le veía fuerte y animoso. Vestía ropas civiles, lo cual me produjo bastante extrañeza. Por supuesto no le conocía, y no hice el menor gesto que indicase mi curiosidad.

—Te permito hablar libremente, soldado, dentro de tus posibilidades —dijo el comandante—. Puedes responder según te parezca.

Tenía experiencia, por mis compañeros de armas, que cuando un soldado recibía aquella orden, su mente recobraba parte de su libre raciocinio. Se dejaba de ser un robot humano para convertirse en un niño de corta edad. Al parecer, algunos recuerdos volvían, parte de su antigua vida. Era como si una cortina se levantase dentro de la

mente, aunque todo debía resultar confuso.

Contuve mis deseos de soltar un suspiro de alivio.

Mi temor de haber sido descubierto era infundado. Me seguían creyendo un soldado adaptado. Pero ahora tenía que tener más cuidado que nunca. Nunca había representado el papel de un adaptado, al cual su superior le permitía, por unos instantes, regresar a su condición de ser casi normal.

Respiré con dificultad, dándome ánimos a mí mismo constantemente. Me decía que también podía salir de aquella nueva prueba.

De todas formas, la presencia de aquel tipo llamado Cole Harriman seguía siendo un enigma. ¿Qué hacía un civil en un planeta en guerra, en una guerra que se estaba perdiendo, y cuando se esperaba, de un momento a otro, la orden de retirada?

Harriman se levantó y se acercó a mí, mirándome fijamente, como si yo fuese un animal que fuese a comprar.

—Se encuentra perfectamente —dijo entonces el comandante—. No ha recibido ninguna herida durante toda la campaña, lo cual es una suerte.

—Ya lo veo, ya lo veo —asintió el hombre, al parecer satisfecho de encontrarme entero—. Tú no me conoces, David Landon, pero yo a ti, sí. Bueno, te conocía por fotografías. Me pregunto si ha valido la pena llegar hasta este cochino mundo.

El comandante, encogiéndose de hombros, dijo:

—Eso, usted verá, señor Harriman. Desde este momento, es suyo —tomó unos papeles de su mesa, y los agitó en el aire, dejándolos caer luego de mala gana—. Todo está en orden. Me gustaría saber cómo se las ha arreglado para conseguir la licencia de ese soldado, en plena campaña.

Harriman, olvidándose de mí, me dio la espalda y se puso delante de Kemhes.

—Mire, comandante, sé que está molesto por mi presencia, y que sólo el sello del Emperador le impide arrojarme a patadas de aquí. Pero yo tengo mis proyectos, en los que he trabajado muchos años. He hecho un larguísimo y mal viaje para llegar hasta aquí. En mi poder traía los permisos para llevarme a tres soldados, pero la suerte me impide esto porque dos de ellos han muerto. Sólo me queda el soldado David Landon. ¿No le parece muy poco para tanto

esfuerzo?

El comandante sonrió ladinamente.

—Comprenderá que no puedo consentir que engañe a mis superiores, haciendo pasar a otros soldados por los muertos. Usted sólo se llevará a David, tal como está en las instrucciones imperiales. Yo cumplo con mi deber.

Harriman barbotó unas maldiciones.

—Está bien, está bien. Pero es posible que sus superiores en la Tierra no queden contentos con su proceder. ¿Qué importa unos hombres u otros?

—Mire, señor Harriman —el gesto de Kemhes se endureció aún más—. Ser oficial de esta escoria del Imperio no es cosa fácil. Estoy deseando que llegue el momento de marcharme de aquí. Me importa un bledo este planeta y sus malditos habitantes. Ahora soy dueño y señor de mis hombres, pero cuando regrese a Plutón, tengo que rendir cuentas. Si en sus papeles venían los números y nombres de los soldados que debía entregarle, yo no tengo la culpa que dos de ellos hayan sido volatizados por esos malditos rayos de los aitas. Llévese al que aún vive, y déjeme en paz. No espere de mí nada especial. Además, tal vez ese pobre desdichado estaría mejor tan muerto como sus compañeros, que en sus manos, señor Harriman.

Casi me delaté, al girar levemente la cabeza para mirar al comandante. ¿Qué había querido decir?

CAPÍTULO II

El comandante se marchó dejándonos solos. Bueno, yo supuse que Harriman pensaba que no podía considerar la mía una compañía adecuada para conversar. Sin embargo, dirigiéndose a mí, después de tomar posesión de la silla de Kemhes, me dijo irónicamente:

—Recuerda que tu amo te ha dado permiso para que uses un poquito tu cerebro, muchacho. ¿Me has comprendido? .

Me envaré y repliqué con voz carente de entonación:

—Sí, señor.

—Magnífico. Quiero decirte que voy a volver contigo a la Tierra. Pero, antes, me presentaré. Soy, como dijo antes ese impertinente comandante, Cole Harriman, licenciado en la Universidad de Upsala. Desde hace años, me dedico a investigar los historiales de los viejos soldados del IRE. Bueno, no tengo demasiado material porque todo el mundo sabe que son poquísimos los que vuelven de las campañas, después de tantos años de combate en mundos como éste… o peores.

»Estoy convencido, muchacho, que puedo obtener mejores soldados que sois ahora, según un nuevo método por mí descubierto y desarrollado. Ante los altos jefes de su Alteza Imperial, presenté hace años un informe, en el cual aseguraba que podría conseguir un ejército más eficaz que el que ahora compone el IRE. Mis proyectados soldados tendrán el valor que ahora poseéis y la inteligencia de un fiel súbdito fanático. Serán capaces de luchar por su Emperador, pero sin dejar de pensar. Hasta cierto punto, el nuevo soldado del IRE dispondrá de un elevado sentido de la autoconservación, pero que no le impedirá sacrificar su vida, si fuera necesario.

»Hasta ahora, los científicos que preparaban los soldados a este ejército de robots humanos, se han limitado a destrozaros el cerebro, convertiros en máquinas de matar. Las bajas entre vosotros

son altísimas. A veces, el enemigo mata a varios de vosotros, antes de perecer uno de ellos.

»Además, tengo entendido que una de las principales razones por la cual se proyecta abandonar este planeta es que los aitas han descubierto un arma, ante la cual no tenéis defensas. Creo que se trata de un rayo poderosísimo, capaz de perforar corazas de acero de un metro de grosor, la cual no lo detiene, por lo que el rayo continúa su trayectoria inalterable, hasta alcanzar un blanco humano.

»Por el momento, los aitas no disponen de muchas de estas armas, pero cuando consigan dotar a sus tropas totalmente con estos rayos, aniquilarán las tropas invasoras del IRE, en cuestión de días. También parecen indicar los informes que un hombre normal puede sortear estos rayos, pero no un adaptado.

»Por lo tanto, el Emperador está convencido de que es preciso realizar una profunda transformación en sus tropas de disuasión. Como es imposible reclutar en poco tiempo los cientos de miles de soldados adaptados que integran el IRE porque las cárceles imperiales apenas tienen presos en condiciones físicas adecuadas para soportar una operación craneal, tengo el mandato del propio Emperador de realizar las investigaciones para transformar en poco tiempo a todo el IRE en un ejército más eficaz que el que es actualmente.

Harriman exhaló un profundo suspiro, golpeó afectuosamente los hombros de aquél quien él creía que apenas entendía lo que decía y agregó:

—Pero en la Corte Imperial existen muchos envidiosos, muchacho. Centenares de mariscales y generales, cargados de medallas, han levantado una campaña en contra mía. Incluso me temo que el Emperador ha terminado por no creerme. Ante el temor de que yo estropee a su querido IRE, sólo me permitió conseguir tres hombres. Si has entendido algo, sabrás que sólo quedas tú. Por lo tanto, una vez en mi laboratorio en la Tierra, te someteré a una delicada operación, que te convertirá en un soldado más eficaz que actualmente eres. Si algo has asimilado, creo que estarás contento. Por cierto, en tu nuevo estado volverás a sentirte atraído por las mujeres… Bueno, o por lo que sea. Regresarán tus viejos deseos sexuales.

Se me volvió rápidamente, y sus ojos refulgieron, al agregar:

—Pero seguirás obedeciendo ciegamente las órdenes de tus jefes, y odiando profundamente a los enemigos de tu Emperador, a quien venerarás intensamente, mucho más, incluso, que actualmente. ¿Has comprendido?

Con un gran esfuerzo, asentí con la cabeza y dije:

—Sí, he comprendido.

Harriman entornó los ojos, y me escrutó.

—Tú posees algo que te hace ser distinto a tus compañeros. Tal vez cuando fuiste libre, eras un tipo inteligente. ¿Qué delito has cometido para merecer la condena del Imperio?

—Conspiré contra el Emperador.

—Un grave delito. Supongo que estarás arrepentido.

—Moriría por el Emperador. Me siento miserable y…

—Basta. No me interesa oír eso. Sé que es algo grabado en tu mente. Cuando yo termine contigo, verdaderamente sentirás pasión por el Emperador. Incluso morirás, feliz, por él. Ahora, los soldados del IRE mueren sin saber por qué.

»Tengo que triunfar contigo. Eres sano y resistirás la operación. Procuraré no convertirte en un vegetal porque mis enemigos no perderían la ocasión para desprestigiarme ante el Emperador, y conseguirían que éste me enviase a sus cárceles, de las cuales sólo saldría para ser transformado en un soldado-robot o desintegrado, cuando no valga para los trabajos forzados. Pero estoy seguro de mi triunfo.

El comandante volvió a entrar, y esbozó una sonrisa burlona.

—Parece que ha encontrado un interlocutor incapaz de llevarle la contraria, señor Harriman.

—Vaya convertir este soldado en algo valioso, comandante —replicó Harriman, visiblemente molesto de verse sorprendido en plena charla conmigo.

—Sí, conozco su teoría. Pero no creo que triunfe. Los mejores científicos han intentado doblegar la mente humana, hacerla suya, sin necesidad de hacer soldados un poco inútiles. Esta gente es sólo buena para infundir pánico entre nuestros enemigos, y convertirse en carne de cañón.

Altanero, Harriman respondió:

—Pues los aitas no parecen estar muy asustados, comandante.

Tengo entendido que llevan semanas retrocediendo, ante su empuje. Les costó mucho ampliar la cabeza de puente, pero los aitas están recuperando su territorio, mucho más rápidamente.

Kemhes se mordió los labios. No podía disimular la poca simpatía que sentía hacia el profesor. Los miré a ambos. Estaba cansado de estar allí de pie, mirando a ambos de soslayo, sin demostrar un excesivo interés por lo que decían.

—Si usted conociera la nueva arma del enemigo, no hablaría tan despectivamente, Harriman.

—Sé cómo es…

—Pero sólo por teoría. Debería verla actuar. No existe defensa posible contra ella. La única escapatoria es verla llegar, actuar rápidamente y quitarse de su trayectoria. Los adaptados no están preparados para actuar rápidamente, y caen como chinches.

—Con mis nuevos soldados, no ocurrirá eso. Yo tengo previsto que éstos tengan un más elevado porcentaje de raciocinio, de autoconservación. Sus hombres mueren porque ustedes les ordenan que permanezcan en tal o cual puesto, sin moverse ni retroceder. Ven llegar el rayo enemigo, y no son capaces de apartarse unos centímetros de su trayectoria, a pesar de que los detectores informan con el debido adelanto.

El comandante suspiró.

—Es posible que tenga razón. Pero ya he recibido la orden de retirada para dentro de seis días. Los transportes empezarán a llegar mañana mismo. Dejaremos este cochino planeta a los Aitas, y luego los encerraremos en una esfera de fuerza.

—Antes de un año pienso transformar todos los soldados del IRE en luchadores capaces de reírse de las armas de los aitas.

—Pero para entonces será tarde. Nadie podrá entrar ni salir de este planeta.

—Entonces, el Emperador podrá usar en otros sitios su nuevo y más poderoso ejército de disuasión.

—Es posible. No faltan planetas en conflicto, en todo el Imperio —tendió al profesor un sobre lacrado—. Tenga. Son los permisos para que usted y este desdichado abandonen el planeta en la nave que le ha traído. Deseo perderle de vista cuanto antes. Le acompañaré hasta la salida.

El comandante se puso al lado de la puerta, invitándonos a salir.

Harriman pasó por su lado, con la cabeza muy levantada, y yo lo hice en silencio, pensando profundamente.

Mi situación empeoraba. Si por un inverosímil azar, me había librado de convertirme en un soldado-robot, allá en Plutón, la suerte me mostraba ahora una mala perspectiva. De nuevo me iban a conducir hasta una mesa de quirófano; me volverían a abrir el cráneo y el llamado Harriman hurgaría en mi cerebro. Y esta vez no habría fallo alguno. Quedaría convertido en un eficaz soldado al servicio del Emperador, si la operación salía bien, o todo mi ser sería, a partir de un posible fracaso, un mero vegetal al que terminarían exterminando.

Al llegar junto a las armas que había dejado al entrar, hice un gesto para recogerlas, pero el comandante me dijo:

—Déjalas ahí, soldado. Ya no las necesitarás.

Las miré por última vez, y seguí adelante. Harriman marchaba delante, seguido de Kemhes. Subíamos por los escalones de piedra que conducían a la superficie, cuando empezaron las explosiones.

—Maldita sea… —masculló el teniente, desde abajo. Es otro ataque aita.

Me volví y le vi correr hasta unos percheros, de donde tomó su traje de campaña, que se enfundó en unos segundos. Luego, agarró otro, y ascendió para ayudar al comandante a ponérselo.

Harriman había retrocedido un poco. Estaba pálido, y miraba hacia el exterior, con la boca abierta. Su miedo afloraba por cada poro de su piel.

Kemhes le miró, divertido.

—Es el primer ataque enemigo que presencia, ¿verdad? Siempre empiezan así. Dentro de un rato, usarán sus rayos. Todavía no le hemos puesto nombre alguno. Tal vez a usted se le ocurra uno adecuado. Cuando consideren que el terreno esté lo suficientemente batido, lanzarán sus soldados. Claro que no son robots como los nuestros, y deben tener un pánico tremendo mientras avanzan, pero le aseguro que me gustaría tenerlos bajo mis órdenes.

—¡Señor, las líneas catorce y dieciocho están siendo destrozadas! —gritó el teniente, mientras permanecía pegado al transmisor.

—Ya pedí al general que las reforzara —gruñó Kemhes—. Pero nunca me hizo caso, siempre respondiendo que nos quedaba poco

tiempo en Aita. ¿Es que ese idiota no ha llegado a comprender que los aitas saben que los vamos a encerrar en su mundo, y quieren causarnos el mayor daño posible antes de que nos larguemos?

Bajó los escalones en dos saltos, y se plantó ante un mapa electrónico. Las posiciones del IRE estaban señaladas con trazos azules. El avance del enemigo estaba marcado por flechas rojas. Vertiginosamente, las líneas azules estaban siendo desbordadas por las penetrantes flechas de color sangre. Pero yo estaba seguro de que la sangre que en mayor cantidad se estaba derramando era la de mis compañeros de armas.

Los soldados de IRE estarían pereciendo por cientos, miles, en sus puestos de combate. Habían recibido instrucciones de defender las trincheras, y no retrocederían un paso. ¿Qué se puede esperar de un ejército que no es capaz de organizar una retirada ordenada? Pensé en Harriman. Quizá aquel tipo repulsivo tuviese razón. Había que hacer mejores a los soldados-robots, impedirles morir inútilmente. Al menos debían disponer de más oportunidades de sobrevivir.

Harriman casi se derrumba en los escalones cuando unas bombas cayeron cerca. Si el enemigo apuntaba hacia aquel refugio, con sus rayos, de nada servirían los metros de hormigón y rocas que nos separaban de la superficie.

Al menos, el rayo aita tenía una ventaja para nosotros. Cuando alcanzaba a un soldado, no era preciso tener que ocuparse luego de él para enterrarle. Era suficiente que el rayo tocase cualquier parte del cuerpo para hacer que todo él se desintegrase. Ni siquiera quedaba una nubecilla en el lugar que antes hubo un hombre. Nada.

Los científicos militares del Emperador se devanaban los sesos, pretendiendo comprender cómo estaba hecho aquel rayo. Sólo habían llegado a comprender que tenía algo magnético y condensaba una potentísima energía.

Pero lo único que le quitaba algo de peligrosidad era su lentitud. Aunque pareciera estar formado por energía lumínica, no sobrepasaba la velocidad del sonido, lo cual permitía a un hombre normal detectarlo a tiempo, si estaba pendiente, y apartarse de su trayectoria. Generalmente, solían tener un alcance de cinco mil metros, no más. Después de cubrir esta distancia, se disolvía. Pero unos metros antes, aún conservaba todo su efecto.

El comandante estaba dictando órdenes al teniente, quien las transmitía a los suboficiales adaptados. Sentí una ligera simpatía por Kemhes. Al menos estaba tratando de salvar el mayor número posibles de soldados.

A tres kilómetros al sur, estaban dispuestas unas nuevas líneas defensivas, que cubrían el perímetro preparado para el embarque de tropas y material de guerra. Todos confiaban en que el enemigo no iba a seguir más allá su ataque, sabiendo que estábamos a punto de retirarnos. Pero antes querían infligirnos un duro castigo.

En realidad, estaban en su derecho. La invasión había comenzado con brutales bombardeos a sus ciudades, ocasionando miles de víctimas inocentes. Durante muchas semanas, retrocedieron, aunque siempre nos dejaron una tierra quemada, cubierta de lodo e incapaz de ofrecer el menor abrigo. Entonces debieron descubrir su nueva y mortal arma. A partir de entonces, el IRE no hizo otra cosa que retroceder hasta que el Alto Mando Imperial decidió que la guerra estaba perdida, y el mismo Emperador, después de unos de sus conocidos ataques de ira, firmó la orden de aislar Aita por varios siglos.

Miré el mapa, y descubrí que la línea que yo había abandonado hacía un rato, estaba ya en poder del enemigo. De no haber recibido la orden de presentarme en el refugio del comandante, posiblemente habría muerto. Pensé en mis compañeros de armas, con los que compartí la comida, horas de tensión y las escasas de descanso. Nunca había conversado con ellos porque los adaptados no sienten deseos de charlar cosas que no sean órdenes recibidas y que debían transmitir. Pero recordaba algunos rostros, y me sentí mal, en aquel momento.

Escuché gritar al teniente, decir que el enemigo empezaba a atacar con sus rayos. El bombardeo convencional había cesado.

—Comandante, tengo que ir junto a la nave que me espera —gritó Harriman, pálido como el papel.

—Váyase al diablo —escupió el comandante—. Tengo ahora cosas más importantes que hacer. Soldado, tome sus armas y sígame.

Yo le obedecí, y sentí el frío contacto del metal de mi fusil, Harriman se puso delante de mí.

—No puede hacerlo; este hombre tiene que venirse conmigo…

—¿Está loco? Sepa que nos hallamos rodeados, señor Harriman. Sería una locura intentar alcanzar su nave. Vamos a retirarnos. He ordenado el repliegue total…

—Pero esas líneas están muy alejadas de mi nave.

—Ya lo sé —asintió el comandante. Cogió su pistola, una mochila que se echó a los hombros, e indicó al teniente que destruyera todo lo que había en el refugio.

Luego empujó a Harriman al exterior. Una bofetada de aire caliente nos recibió. Estaba atardeciendo, y el cielo aparecía lleno de nubes oscuras. Entonces empezamos a percibir los luminosos destellos.

—Atacan con sus malditos rayos —dijo el comandante. El teniente había subido y detrás nuestro tronó secamente el refugio que acabábamos de abandonar. La bomba térmica había hecho explosión. Todos los enseres y documentos habían sido quemados.

Nos arrastramos por la trinchera. Entre el barro aparecían docenas de cuerpos semienterrados. A mi lado, Harriman gimoteaba, y yo tuve que contener mis deseos de golpearle con la culata de mi rifle.

Escuchamos un grito. Al giramos, aún tuvimos ocasión de ver el rayo mortal seguir su imparable trayectoria, después de atravesar al teniente. Una décima de segundo después, había desaparecido.

—Me pregunto qué pasa con esos cuerpos que se volatizan… —susurró el comandante.

Los rayos atravesaban las defensas y pasaban por nuestro lado. Pero nos habíamos descuidado. Cuando grité, anunciando la llegada de otro de esos dardos de luz, fue demasiado tarde.

Aún recuerdo la cara de sorpresa del comandante.

Seguramente, se estaría preguntando cómo yo, un soldado adaptado, había previsto la llegada de un rayo, el cual apenas un ser normal puede detectar a tiempo.

El maldito rayo nos alcanzó a los tres.

CAPÍTULO III

Cuando me desperté en aquel lugar, creo que estuve mucho rato sin poder coordinar bien mis pensamientos.

Lo último que recordaba era la llegada del rayo, que nos alcanzaba a los tres y…

Bueno, me parece que a mí me tocó en un brazo, pero sabía que aquello era suficiente. Al parecer, actúa en reacción en cadena, hasta desintegrar la última partícula de nuestros cuerpos.

Por fortuna, también actúa sobre las ropas y demás objetos que portamos.

Eso me evitó estar desnudo, cuando desperté. Y no es que sintiese reparo alguno, sino que en aquel lugar hacía frío.

Después de parpadear varias veces, y convencerme de que aquel sitio no era el infierno, aunque no resultaba nada agradable, decidí incorporarme.

Noté el peso del rifle, y lo miré como si fuese la primera vez que lo agarrase. El suelo crujió bajo el peso de mis botas, que aún estaban sucias de barro. Empero, el terreno que pisaba estaba seco.

Habíamos abandonado el refugio del comandante cuando atardecía, y ahora resplandecía el sol sobre unos elevados montes, que discurrían por el este.

Alcé las gafas y fruncí el ceño. También me quité las mascarillas, saboreando un aire limpio, casi olvidado por mí.

Súbitamente, sentí calor. El pesado traje forrado de plomo me pesaba infinitamente. Solté el arma y me lo quité, quedándome con el uniforme de campaña. Recogí el resto del equipo, y lo repartí por los amplios bolsillos.

Respiré, aliviado, al ver que no había perdido la dotación de agua concentrada ni los alimentos.

No podía prever cuándo iba a volver a encontrar comida.

Entonces comprendí que lo que me había estado inquietando,

desde que desperté, fue el casi total silencio que me rodeaba.

La ausencia de estampidos, del silbido del viento sobre las trincheras, era algo insólito para mí.

Estaba en una ladera que descendía hacia lo que parecía ser un valle, densamente poblado de árboles. Al fondo, discurría un pequeño riachuelo.

Si al principio me había parecido feo el paisaje fue porque sólo aprecié lo que había a mi derecha, pelados montes que se perdían en el horizonte, hasta confundirse con la cordillera situada al este.

Era extraño no escuchar el ensordecedor ruido de las explosiones ni el ululante silbar de los mortales rayos aitas dirigirse hacia nuestras defensas, perforando montículos y parapetos de acero, lacerando hombres ininterrumpidamente.

¿Qué había pasado?

Meneé la cabeza. No debía preocuparme, por el momento. La respuesta era apetecible, pero me decidí a ser paciente y no acelerar un posible desequilibrio mental, que podría llevarme a la locura.

Cuando el último pensamiento de un hombre es que va a morir y, al rato, unos segundos, horas o días después, se despierta, comprobando que de alguna forma sigue viviendo, las cosas deben ser tomadas con calma.

Así mi rifle, después de comprobar que seguía en buen estado, con su carga energética a punto, y empecé a descender por la suave ladera.

Cuando la bandada de pájaros multicolores pasó sobre mi cabeza, sonreí por primera vez en mucho tiempo. Creo que la última vez que lo hice fue cuando, días antes de detenerme la policía imperial, lo pasé tan bien en compañía de Doris.

Sólo al cabo de dos horas, me sentí cansado y busqué la sombra de un enorme árbol, tendiéndome en la hierba fresca. Mis músculos notaron la fatiga, y creo que me dormí en seguida, apenas hube consumido un cuarto de litro de agua y masticado tres pastillas de compuesto vitamínico.

Al despertarme, lo hice temeroso de volver a encontrarme en un lugar insólito.

Pero seguía debajo del árbol, que continuaba protegiéndome con su sombra de los cada vez más ardorosos rayos solares.

Era mediodía. Por lo tanto, apenas hacía una hora y pico que me

había quedado dormido.

Claro, aquello sería así, si estaba en un planeta que durase el día alrededor de las veinte o treinta horas.

Pero yo no sabía dónde estaba, al menos exactamente. Únicamente podía jurar que aquel mundo era del tipo Tierra, y muy agradable.

Al sentarme en el suelo, me giré un poco y descubrí al chico.

Bueno, era más bien un niño. Apenas contaría con seis o siete años. Me miraba fijamente, con curiosidad, pero sin miedo.

Le sonreí, y obtuve una respuesta amistosa.

—Hola —dije, preguntándome en seguida si comprendería mi idioma.

No me respondió, pero de la forma que acentuó su sonrisa, supe que me había entendido.

—¿Cómo te llamas?

—Long —respondió, al cabo de una vacilación.

—¿Vives cerca?

Levantó su bracito derecho, y señaló al fondo del valle.

—¿En una granja? —volví a preguntar, mientras me levantaba. Al hacerlo, tomé mi arma, y noté la mirada del niño sobre ella.

Un poco consternado, la dejé apoyada contra el árbol. Entonces, sorprendiéndome, Long dijo:

—Eres muy raro. No te comportas como los demás.

—¿Como quiénes?

—¿Eres tonto? Los otros huyen siempre, no se tienden a dormir. Vistes como ellos, pero no pareces igual. ¿Acaso te has puesto las ropas de alguno que capturaste?

Apreté los labios. ¿Qué quería decir el niño? Al parecer, él sabía muy bien lo que estaba diciendo, aunque yo no podía averiguarlo.

¿Qué podía hacer? Quería ganarme la confianza de Long, y pensé entonces que la única forma era no mintiéndole. Así dije:

—No, muchachito; yo soy lo que aparento. Rápidamente, comprendí mi error. Long cambió su sonrisa por una mueca de miedo, y empezó a retroceder. Yo tendí una mano hacia él.

—Eh, ¿es que ya no somos amigos?

—Me has engañado. No estabas jugando.

—¿Por qué iba a jugar?

—Yo juego a ser un atavar.

No supe qué responder, y Long añadió:

—Mis amigos y yo jugamos a capturar atavares.

—Pero… ¿qué es un atavar?

—¡Tú eres atavar!

Se volvió y echó a correr. Le vi descender por el camino. Se cayó dos veces, pero se levantó rápidamente, y apenas volvió para mirarme, para comprobar si le seguía.

Me había quedado tan anonadado, que no supe reaccionar.

Resoplé y reanudé el camino. Seguí la senda que había tomado Long. Si vivía cerca, pronto encontraría su casa. Tenía que hablar con personas mayores que me dijeran qué era todo aquello.

El que Long hablase mi idioma, no significaba mucho. Con ligeras variantes, el terrestre se hablaba en miles de mundos. Incluso en los que eran enemigos del Imperio.

Llevaba cogida mi arma despreocupadamente porque, por la composición del terreno, estaba seguro de que no iba a encontrarme con ningún animal peligroso. Además, Long estaba correteando por allí. Sus padres no hubieran permitido que lo hiciera, si existiera peligro.

Pero me había olvidado de los hombres.

Cuando sonó el estampido, y un trozo de corteza del árbol cercano a mí recibió el impacto, comprendí que había sido un estúpido al imaginarme que en aquel mundo no iba a encontrarme con enemigos.

Yo era un intruso y, además, estaba armado. El chico había mostrado su incipiente miedo cuando yo tomé mi rifle, aunque no lo llegó a demostrar del todo hasta que yo afirmé que era lo que parecía.

Me había agachado, y escuché voces al fondo, gritos. Me giré y eché a correr. Volvía a escuchar más disparos, aunque a mis oídos sonaban de forma extraña.

Mis músculos recobraron su agilidad, y pronto dejé atrás la partida que me perseguía. Cuando me detuve, seguro de haberlos despistado, tenía delante una casa. Era esférica y construida en plástico y cristal. Detrás de ella había varios cobertizos. Indudablemente, se trataba de una granja. Algunos animales, parecidos a los caballos terrestres, estaban agrupados dentro de una cerca, pastando cansinamente.

No vi a nadie, y me acerqué sigilosamente. En una casa, cuando no hay nadie, se pueden encontrar muchas cosas. Tal vez podía averiguar qué me estaba ocurriendo, si encontraba libros o escuchaba alguna emisión de televisión o radio.

Pero no quería problemas, y me aseguré que no había nadie por los contornos. De haber encontrado alguna persona, hubiera dado un rodeo.

Mientras me dirigía hacia la casa, pensé que posiblemente sus moradores formaban parte de la batida que me perseguía. Sin embargo, aquello no tenía mucha lógica, porque yo los había visto apenas hacía unos minutos, despistándolos con mucha facilidad. No parecían correr demasiado. Si los moradores de la granja estaban detrás de mí, debían haber organizado la cacería hacía muchas horas.

Llegué hasta la puerta. La empujé lentamente. Traspasé el umbral, muy despacio, pero demasiado confiado. De todas formas reaccioné pronto cuando sentí que unos poderosos brazos se aferraban a mi cuello, tratando de ahogarme.

Tenía el rifle agarrado, y proyecté la culata contra el flanco del agresor. Escuché un grito, y en seguida la presión de los brazos disminuyó.

Entonces me revolví, solté una patada a ciegas, y alcé el rifle. Estaba cegado, y creo que hubiera disparado, de no haberme encontrado con el rostro contraído por el dolor de Alf Kemhes.

Resultaba curioso que hasta entonces no había tenido el más ligero pensamiento hacia ninguno de los hombres que compartieron conmigo los últimos instantes en el infierno de la batalla, en Aita.

Kemhes había sido golpeado por mí duramente, y tenía los ojos cerrados por el dolor. Cuando los abrió, vi su enorme asombro. Apenas pudo balbucir:

—Soldado… te ordeno que depongas tu actitud… Resoplé y bajé el rifle. De mala gana, le ayudé a levantarse.

Se asomó a una ventana para asegurarse de que no se acercaba nadie, se volvió y me miró como si yo no representara para él una eficaz ayuda, en aquel lugar insólito donde habíamos ido a parar. Rápidamente comprendí que me seguía considerando como un elemento sin raciocinio, sólo útil para luchar. Y lo que se precisaba allí era pensar, no enfrentarse a las masas hostiles.

—Capturaron a Harriman… —aún jadeaba, y tenía crispado el semblante—. Yo pude despistarlos. Cuando escuché ruidos, pensé que se trataba de uno de ellos. Demonios, soldado, pegas fuerte.

No respondí. Pensaba hasta qué momento debía aún seguir representando mi papel.

Pero cuando Kemhes hizo intención de tomar mi rifle, decidí que era tiempo de poner las cartas boca arriba.

—Te ordeno que me entregues tu arma, soldado AF345…

Retrocedí un paso y Kemhes, impaciente, añadió:

—Apelo al Reglamento, al artículo
876-K
y…

—Déjese de tonterías, comandante.

Apenas pronuncié aquellas palabras cuando sentí una alegría infinita, alegría que aumentó al ver la perplejidad de Kemhes.

Durante mucho tiempo, había querido imaginarme lo que llegaría a sentir cuando pudiera demostrar al mundo que yo no era un soldado adaptado, sino que seguía siendo un ser humano, que fingía para poder sobrevivir.

—¿Qué dices? Ese tono… No actúas como un soldado…

—Mire, comandante, no tengo nada particular contra usted. Ambos estamos metidos en un asunto que aún no comprendo. Si me acepta como un igual a usted, podemos colaborar. En caso contrario, que cada uno siga su camino.

Kemhes no estaba armado. Había querido quitarme el rifle para sentirse más seguro. Indudablemente, si yo hubiera sido un soldado del IRE, se lo habría entregado sin rechistar. Pero yo lo estimaba demasiado, en aquel lugar extraño, para deshacerme de él. Con un arma, uno puede seguir siendo fuerte.

—Estamos en guerra —silabeó Kemhes—. Puedo ordenar tu ejecución sin demora…

Sonreí.

—¿Quién me ejecutaría, comandante? Olvídese de esa cochina guerra. No sé dónde estamos y qué ha pasado, pero no sea tan tonto que aún piense que seguimos en Aita, soportando un feroz ataque. Este terreno no es aquel desierto de fango, que hicimos a fuerza de tantas batallas.

—Por fuerza tengo que darte la razón, soldado. Pero al menos, sí

sabrás explicarme qué te ha ocurrido a ti para…

—Nada en absoluto.

—¿Quieres decirme que siempre tuviste intacta tu mente?

—Sí.

—No es posible…

—Algo extraño, por supuesto. Pero también los sicarios del Emperador se equivocan. Yo salí sano de la operación donde quisieron estrujarme el cerebro. Sólo en eso fallaron. En los otros detalles que usan para formar los soldados del IRE no cometieron errores; pero eso no me molesta.

—Parece asombroso… Soldado…

—Llámeme David. Mi nombre es David Landon.

—Resulta increíble que hayas podido engañar a tantas personas durante este tiempo, muchacho. Pero has cometido un gran error, al descubrirte ahora. Nuestras líneas pueden estar cerca y…

En seguida calló, y yo me eché a reír. Kemhes había comprendido que sus explicaciones no tenían la menor lógica.

—Vamos, continúe. No sé dónde demonios estamos ni qué pasó cuando el rayo aita nos alcanzó. Pero estoy seguro de que el ejército IRE no está cerca o lejos de nosotros.

—Pero estamos rodeados de enemigos. De eso no hay duda.

—¿Dónde despertó?

—En una ladera. Harriman estaba a mi lado, y me costó mucho hacerle volver en sí. Escuchamos disparos. Nos tiraban a nosotros, y escapamos. Luego nos separamos, y creo que lo capturaron. Entonces, yo di un rodeo, y acabo de llegar aquí.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—No estoy seguro. Sólo sé que amanecía.

Pensé que ellos habían despertado antes que yo.

Tal vez no estaban muy lejos de mí, cuando fueron sorprendidos y comenzaron a huir. Las ramas debieron ocultar mi cuerpo de la partida que los perseguía.

—Todavía no podemos estar seguros si son enemigos o no —dije.

—¿No? —Dijo Kemhes, con sarcasmo—. Pues yo no pienso averiguarlo, dejándome ver por ellos. ¿Para qué has entrado aquí?

Se lo expliqué.

—Yo también pensé algo semejante; pero esta gente no tiene

nada que se parezca a nuestros comunicadores. En otra habitación hay como un visor, aunque esférico, pero no atino a conectarlo.

Estaba oscureciendo rápidamente. Me asomé a la ventana, y miré hacia las estrellas. Me volví y dije a Kemhes:

—Creo que ya sé dónde estamos.

—¿Por qué lo sabes?

Yo había contemplado muchas noches aquel firmamento, durante las largas horas de guardia en las trincheras. Contemplar las estrellas me hacía seguir manteniendo la esperanza de regresar a ellas algún día, libre y sin aquel maldito uniforme.

—Estamos en Aita. Seguimos estando en Aita. Kemhes me miró, perplejo.

—Es lo lógico, ¿no?

Moví la cabeza. El comandante no había comprendido.

—Pero no podemos estar en el mismo plano temporal. El terreno ha vuelto a ser fértil. Ya no hay fango.

Le vi abrir la boca. Aunque yo sonreía, no dejaba de sentirme tan inquieto como él.

CAPÍTULO IV

La comida que encontramos era aceptable. Tal vez, demasiado natural para nuestros paladares. Ante la leche que había en el frigorífico, dudamos un poco. ¡Hacía tanto tiempo que, tanto el comandante como yo, no la bebíamos!

Pero el pan, la carne cocida, las frutas y el vino nos parecieron maravillosos.

—Planeta agricultor —sentenció Kemhes.

—¿Por qué no puede ser mixto? Una civilización inteligente promocionaría la agricultura y la ganadería, sin abandonar una industrialización ordenada. Los aitas estaban consiguiendo algo parecido…

—Oh, vamos, soldado. Esto no puede ser Aita. Tu teoría de que estamos en la misma zona donde se desarrollaba la batalla…

—Se desarrollaba, Kemhes. Eso sucedió hace mucho tiempo…

—Esa maldita hipótesis de que estamos en el futuro…

—O en el pasado. Pero me inclino a creer que estamos a muchos años en el futuro, comandante. Cuando el Imperio invadió por primera vez Aita, no había más que una numerosa colonia, que luchaba por formalizar una civilización decente.

Esta granja nos muestra indicios de que viven con evidente comodidad. Sus dueños son granjeros porque deben querer serlo, porque les gusta vivir en el campo.

—No olvides que el Imperio había sentenciado este planeta, en el supuesto que estemos en Aita, al ostracismo.

—¿Quién nos asegura que llegaron a cumplir su amenaza? —pregunté, divertido, recordando que había llamado a Kemhes por su nombre, y éste no había saltado de su silla, sorprendido.

Kemhes me miró con evidente reproche.

—El Imperio nunca ha dejado de cumplir con sus amenazas.

Me encogí de hombros.

—Es posible. En este caso, suponiendo que hubieran podido establecer el cerco energético, sería interesante saber cuánto tiempo ha transcurrido desde su instalación. Al parecer, a los aitas no les ha ido muy mal en su posible aislamiento.

Me guardé algunos panecillos tiernos en los bolsillos.

Era la hora de reemprender la huida. Aunque aún disponía de bastantes alimentos concentrados, prefería la comida natural. No me había separado de mi rifle. Aunque Kemhes aparentaba tranquilidad, no me fiaba mucho de él.

Estaba convencido de que Kemhes seguía pensando que a poca distancia de allí volvería a encontrar sus tropas. Aún no sabía qué explicación tenía para el fenómeno que habíamos experimentado. No sentí el menor deseo de preguntárselo.

Había caído totalmente la noche, y apenas nos dirigíamos hacia la salida cuando descubrimos las luces que se aproximaban, desde el cercano bosque.

—Maldita sea —masculló el comandante, cerrando la puerta apenas entreabierta—. Debimos haber supuesto que los dueños de esta casa regresarían al anochecer, si habían formado parte de las partidas de persecución.

Tuve que darle mentalmente la razón. Después de descubrir aquellos manjares, olvidamos levemente nuestra precaria situación. ¿Por qué fuimos tan estúpidos?

Miré por los cristales. Eran muchas luces las que se aproximaban. Otras se movieron más rápidamente en la oscuridad, y deduje que se trataban de los faros de vehículos. De todas formas, una multitud se acercaba también portando lámparas eléctricas en las manos.

—Tal vez haya otra salida al fondo —dije. Atravesamos las habitaciones. La cocina tenía otra puerta, pero estaba cerrada desde el exterior. Apunté hacia el cierre, y disparé una carga de baja tensión.

El cierre saltó, fundido, y terminé de abrir la puerta de un puntapié.

Pero nos dimos de bruces con otro grupo que se había estado acercando a la casa por la parte trasera. Ellos se mostraron tan sorprendidos como nosotros, pero eran muchos, y estaban tan cerca de nosotros que sólo tuvieron que saltar unos palmos para

alcanzarnos. Al menos, yo intenté defenderme. Noté que el rifle me era arrebatado, recibí un golpe en la cara, luego otro en el vientre. Creo que varias de mis patadas alcanzaron su objetivo, pues escuché gritos de dolor, en medio de la oscuridad.

Kemhes fue puesto fuera de combate antes que yo.

Por un momento, al verle tan quieto en el suelo, pensé que le habían matado. Pero cuando empezaron a atarle las manos a la espalda, empezó a gemir.

Varios brazos fuertes me habían inmovilizado, y luego sentí la opresión de unas cuerdas alrededor de mis muñecas, que más tarde me rodearon todo el cuerpo.

Llegaron más luces, y me obligaron a sentar al lado del comandante.

El verme rodeado de docenas de rostros curiosos, me hizo sentir tan mal como el día en que me introdujeron en aquel horrible hospital, donde transformaban los presos políticos del Imperio en silenciosos y obedientes soldados del Emperador.

Entre los hombres, había algunas mujeres. Al ver que una de ellas se quejaba de un costado, lo interpreté como consecuencia de uno de mis ciegos golpes. Así, también las féminas habían intervenido en la pelea. ¿Dónde demonios nos encontrábamos?

Agité la cabeza, y mis oídos dejaron de escuchar el zumbido que me impedía comprender las conversaciones de mis opresores.

No me sorprendí lo más mínimo, al saber lo que hablaban. En casi todos los planetas humanos de la Galaxia se habla el mismo idioma de la Tierra. Aquel indicio aún no quería decir nada, sino confirmar un poco mi creencia de que seguíamos en Aita.

Escuché:

—Muy raro. No debemos tomar nosotros una determinación.

—El método debe ser el mismo. Siendo atavares…

—Pero los agentes avisados se limitarán a encerrarlos, como a los demás. El Edil debe ser informado.

—¿Para qué? No debemos molestarle. Ayer volvió agotado, del Norte. Allí aparecieron varios de estos tipos y…

—¡Pero éstos no son iguales!

Me volví para descubrir quién había pronunciado las últimas palabras. Una luz estaba cerca de ella, y vi un rostro muy bonito. El cabello rubio de la chica parecía estar iluminado, tal era su

resplandor, ante las luces de las lámparas de los campesinos.

Si de algo no tenía duda era que habíamos sido capturados por una partida compuesta por granjeros. Casi todos estaban armados, y en la mayoría de aquellos rostros había odio y miedo. Una extraña mezcla.

Empero, la chica de los cabellos rubios y largos, se expresaba de forma distinta a los demás. Parecía una universitaria. Su tono era firme, y los hombres daban muestras palpables de respetarla.

—¿Qué sugieres entonces, Rose? —preguntó un hombre mayor, que estaba al lado de ella.

Repetí mentalmente el nombre: Rose. Entre los aitas existían grandes cantidades de colonos originarios de la Tierra, pertenecientes a sectas conservadoras. Y Rose era un viejo nombre terrestre, de flor.

—Que el Edil los vea antes que los agentes se hagan cargo de ellos. Tal vez él considere oportuno que el Gobierno investigue esto.

Algunos se echaron a reír, y el hombre de edad, amablemente, dijo:

—Por los dioses, Rose. El Gobierno está demasiado ocupado, estos tiempos, ya lo sabes. Todos esos atavares… Y, sobre todo, la proximidad del Plazo. ¿Crees, de verdad, que van a perder su tiempo con estos dos?

—Tres —corrigió Rose—. El otro atavar tampoco es como los que han estado apareciendo.

—Ese viejo… —El hombre tosió. Al parecer, iba a decir algo despectivo, concerniente a la edad, y recordó que él ya no era un muchacho—. Tal vez tengas razón. Diremos a los agentes que esperen la decisión del Edil. ¿Qué hacemos con éstos, mientras tanto? —Y nos señaló.

—Id en busca del Edil, y decidle que le estaré esperando en mi casa del acantilado —dijo, con firmeza, Rose—. Sólo necesitaré que cuatro hombres me ayuden a subirlos a un camión, y vengan conmigo para que estén vigilados. De paso, recogeremos al tercer atavar.

Los murmullos se extendieron en el corro que nos rodeaba. Al parecer, no todos estaban conformes, pero pronto sobraron voluntarios para ayudar a Rose. En aquel momento, el comandante empezó a despertar, y yo le hice una indicación para que

mantuviera la boca cerrada. Si aquella gente no parecía tener muchos deseos de interrogarnos, significaba que creían saber quiénes éramos nosotros, lo que les situaba en un plano de ventaja.

Teníamos pocos conocimientos, y era aconsejable seguir en silencio, escuchar todo lo posible, y sacar conclusiones. Nos llamaban atavares, y nos consideraban peligrosos… pero distintos. Indudablemente, se referían a Cole Harriman, cuando mencionaban al tercero. Habían dicho que era viejo. De todas formas, me alegré de que siguiera vivo. En aquella situación, debíamos olvidarnos del pasado, y ayudarnos mutuamente, no recordarnos los viejos empleos en… ¿En otro lugar, otro tiempo? Me encogí de hombros, y dejé que, tomándome por los sobacos, me levantaran dos hombres. Casi me arrastraron al otro lado de la casa. Antes de meterme en un camión, descubrí al chico que me sorprendió por la tarde, al despertarme.

Le sonreí.

Recordé su nombre. Cuando quise llamarle, me dieron un empujón, que me envió al fondo de la caja del vehículo.

Long se acercó, y alzó una mano a manera de despedida. Pero estaba muy serio. Entonces, una mujer se acercó y lo arrastró lejos de allí, mientras le dirigía secas palabras, en alto tono de enfado.

Kemhes cayó a mi lado, subieron tres hombres, que tomaron asiento frente a nosotros, y el coche se puso en marcha. Pensé que la chica iría al lado del conductor o ella misma estaría conduciendo.

—Esto no puede seguir así —masculló Kemhes, en voz baja, cerca de mi oído—. Tengo que parar esto, ordenarles que respeten mi rango y…

—Silencio —nos ordenó uno de los hombres.

Nos alejamos de la granja, por un sendero de irregular piso, pero en seguida entramos en lo que parecía una carretera en buen estado. El vehículo dejó de pegar botes, y yo busqué mejor acomodo.

* * *

Nos sacaron rápidamente del coche, al cabo de un par de horas de viaje. Apenas tuve tiempo de ver la casa por fuera, situada a pocos metros de un acantilado, bajo el cual rompían las oscuras aguas de un mar o un lago tan grande que era imposible ver el otro

lado.

Aquella vivienda no podía ser una granja ni ninguna instalación similar. Tenía que ser una finca de recreo, perteneciente a algún personaje importante, en la comunidad de aquel mundo.

Vi a Rose subir con agilidad felina los seis escalones que conducían a la entrada. La recibió un hombre joven, que la besó ligeramente en la mejilla. Ambos hablaron rápidamente, y ella indicó, a los que nos custodiaban, que podían entrar.

Durante el camino, nos habíamos detenido en algún punto intermedio, cerca de una granja grande, casi una factoría. Allí subió Cole Harriman. Parecía no estar muy bien. Deliraba. Decía cosas incomprensibles, y alguien afirmó que habían tenido que darle un calmante porque era un prisionero insoportable.

Indudablemente, el orgullo de Harriman no le había servido de mucho. El hecho de saberse prisionero, sin recibir ninguna explicación a sus demandas, debió inducir a sus captores a suministrarle algún fármaco que lo mantenía en aquel estado.

—No es nada para preocuparse —explicó a Rose el hombre que parecía mandar en aquella instalación. Se recobrará en unas horas. No cesaba de hacernos preguntas y amenazamos. Está loco, creo.

Kemhes y yo nos dirigimos a la casa, por nuestros propios medios, mientras que Harriman tuvo que ser trasladado por dos de los guardianes. El vestíbulo era amplio, lleno de muebles y grandes butacas. Al fondo, había una chimenea donde ardía un montón de trozos de madera. Olía bien el ambiente, allí, y aspiré profundamente. Apenas hacía unas horas tenía que usar la mascarilla para poder conseguir un poco de aire decente, en medio de las trincheras y el barro.

—¿Por qué aquí? —preguntó el joven que había besado a la chica de los cabellos rubios, y por cuyo motivo no me resultaba ya nada simpático—. Estarían más seguros en el cobertizo…

—Sé lo que me hago, Joe. El Edil no tardará en venir y, mientras, quiero charlar un poco con ellos.

El llamado Joe se echó a reír.

—Nadie es capaz de charlar con un atavar. Te dirán su número y código. Nada más. Te aburrirás con ellos.

Mientras nos sentaban en los butacones, cerca del fuego, Rose dirigió una mirada divertida a Joe.

—Estoy segura de que te llevarás una sorpresa. Vuelvo en seguida.

La seguí con la mirada, admirando sus redondas nalgas, dentro de aquellos ajustados pantalones. Se contoneaba maravillosamente sobre las botas de media caña y altos tacones.

Los hombres armados se situaron detrás de nosotros, y Joe encendió un cigarrillo, apoyando la espalda al lado de la chimenea, mirándonos fijamente, como si fuéramos bichos raros.

Levanté los ojos, y devolví la mirada despectiva de Joe. El muchacho parpadeó levemente y, durante unos instantes, nos desafiamos visualmente. Al final, obtuve una victoria, cuando Joe, violento, volvió la cabeza hacia otro sitio.

Apenas entró Rose, vistiendo una bata corta, que mostraba con generosidad sus esbeltas piernas, Joe se dirigió a ella y, roncamente, le dijo:

—¿Quiénes son esos tipos? No tienen la expresión de idiotez que los otros atavares.

Rose le palmeó cariñosamente la espalda, y respondió:

—Ya te advertí. Son distintos, cariño. Por eso quiero que el Edil dictamine, antes de entregarlos a los agentes. No quiero que se siga con la rutina, en este caso.

—Nuestro padre se pondrá furioso, por haberte interferido en un caso tan vulgar como éste. Estás perdiendo el tiempo, de todas formas. Ya deberías estar de camino a la ciudad.

—Lo sé. Pero sabrán disculparme, cuando les muestre algo tan distinto a lo que nos hemos tenido que enfrentar últimamente.

Oculté cuanto pude una sonrisa. ¿Por qué me alegraba al saber que Joe era sólo hermano de Rose? Bueno, al menos eso parecía, al referirse él a un padre común de los dos.

Rose arrimó una silla, y tomó asiento. Cuando me di cuenta que lo hacía, acercándose a Kemhes, me sentí molesto. Pero en seguida comprendí que ella debía conocer las insignias de comandante que él ostentaba. Yo no era sino un simple soldado.

—Si no se han dado cuenta, mi nombre es Rose Valley. —Pero Rose nos miró a ambos, al presentarse—. Contesten o no a mis preguntas, les diré que voy a ordenar que nos traigan alimentos de la cocina. Ya ven que no pretendo coaccionarles.

Kemhes estaba más desconcertado que yo, y se volvió para

mirarme. Aquello sorprendió a Rose. Debía haber pensado que Kemhes, por tratarse de un oficial, decidía por él mismo.

—¿Qué les pasa? ¿Es que me he equivocado, y son ustedes soldados adaptados? —Me miró y dijo—: Long le sorprendió a usted, mientras dormía. Nadie, excepto yo, le creí cuando dijo que usted, un atavar, no le había hecho daño. De todas formas, me impuse y ordené que dejaran de dispararles. Les dejamos estar en la granja de los padres de Long, y sólo nos acercamos cuando éramos los suficientes para apresarles vivos. Tampoco quisimos usar los rifles adormecedores porque a veces se cometen errores, y el dardo penetra en el cerebro, lo cual provoca la muerte instantánea. Generalmente, un diez por ciento de los atavares han perecido por esa causa.

—¿Por qué iba a hacer daño a un niño como Long? —inquirí, molesto.

Inmediatamente, Rose sonrió, dirigiendo una mirada triunfal hacia Joe, que se limitó a encogerse de hombros y seguir fumando.

CAPÍTULO V

—Comandante, le repito, una vez más, que esta situación es inaudita —exclamó Harriman, dejando de caminar como un tigre enjaulado, y parándose delante de Kemhes.

—Déjeme en paz, Harriman —le gritó el comandante, dándole la espalda y regresando al lado de la amplia ventana. Allí apoyó las palmas de las manos sobre el grueso cristal, y miró hacia abajo, hacia la ciudad, enorme y limpia, que se extendía por todo el horizonte.

—Usted no debe permitir que ese tipo —me señaló con tembloroso índice— haya asumido la responsabilidad del grupo. ¡No es sino un simple soldado!

Estaba sentado en un rincón, mirando las imágenes del televisor, sin prestar atención al *ballet* que estaban retransmitiendo. Contuve mis deseos de levantarme, y dar un par de bofetadas a Cole. Dejé que Kemhes contestase:

—No lo está haciendo mal. Landon está llevando, por el contrario, el asunto muy bien. Nuestros anfitriones han decidido que él sea nuestro portavoz, y yo no puedo hacer otra cosa.

—¡No olvide su rango! Además, poseo documentos que me convierten en propietario del soldado David Landon y…

—Está usted olvidando que el ejército IRE no existe, y que los viejos rangos han dejado de tener significación alguna.

Cole estaba a cada instante más nervioso, su rostro aumentaba de rojez, y las palabras le salían con dificultad.

—Pero… Pero… ¿es que va a dar crédito a esas patrañas?

Lentamente, Kemhes se apartó del ventanal.

—¿Por qué no? Es la única explicación lógica. Somos los primeros atavares no adaptados que reciben en su mundo, en su tiempo, y no parecen habernos recibido con demasiado rencor. Claro que aunque nosotros estábamos luchando contra ellos apenas

hace unos días, nuestros anfitriones o carceleros, como quiera llamarles, han tenido tiempo de sobra para olvidarse de todo.

—Es una locura… es inaudito. Soy científico y no admito que…

—Pues tendrá que hacerlo, Harriman —estallé. Cogí a Cole por la pechera de su camisa de seda, proporcionada por los aitas, y le escupí como un torrente—: Su orgullo le impide admitir que hemos sido enviados al futuro, a varios siglos de nuestro tiempo. Seguimos estando en Aita, pero cientos de años después de que nuestras derrotadas tropas reembarcaran. En contra de las esperanzas de nuestro glorioso Emperador, los aitas no se desesperaron, al verse aislados en su mundo, sino que incluso se sintieron felices. La barrera que el Imperio les impuso como castigo les impedía salir, pero al mismo tiempo les libraba de recibir nuevas invasiones externas.

»Y ya ha podido ver una muestra de lo que han conseguido, con sus propios medios. Son felices, disfrutando de un alto nivel social. Pero están padeciendo las consecuencias de la acción desesperada de sus antepasados, aunque, al fin y al cabo, gracias a ella, ellos tuvieron un futuro seguro, que supieron aprovechar.

Me callé porque la puerta se abrió, y entró un hombre alto, de mirada serena y caminar seguro. Le seguían dos hombres y la propia Rose. El hombre alto era el padre de Rose, y yo evité sonreír como solía hacer cada vez que ella nos visitaba.

—Hemos escuchado voces alteradas —dijo el hombre. Se llamaba Gene Valley, y era uno de los componentes del Consejo de Aita—. Al parecer, hemos llegado en un momento inoportuno.

—Lo siento, señor —dije—. Simplemente, discutíamos ciertos puntos en los cuales aún no estamos de acuerdo.

—Exijo ser el portavoz, consejero Valley —casi gritó Harriman —. Estoy por encima del comandante Harriman. El Emperador me otorgó su confianza, cuando llegué a Aita y…

Gene Valley torció el gesto, mirándome, extrañado.

—Pero ¿este hombre no ha recibido las mismas explicaciones que ustedes dos? —E hizo un leve ademán, indicando al comandante.

—Simplemente, no las admite —rió el comandante.

—Cree que ustedes quieren engañarle, señor —dije.

—¿Por qué? —preguntó uno de los acompañantes de Gene,

adelantándose y poniéndose a su altura.

Gene se volvió, tomó al que había hablado de un brazo y dijo:

—Perdonen mi incorrección. Les presento al consejero, colega mío, Hunt Derbey. Acaba de regresar a la ciudad, y el Comité le ha confiado una importante misión ante ustedes. Desde este momento, se encargará de todo lo relacionado con su presencia en Aita.

—¿Seguimos siendo prisioneros? —preguntó, con desprecio, Harriman.

—El Comité del Consejo ha decidido no considerarles prisioneros —dijo Hunt. Era un hombre alto y fornido, de mediana edad y atractivo. Debajo de las holgadas ropas, se adivinaba una desarrollada constitución—. Por supuesto, deberán atenerse a ciertas restricciones; pero todos confiamos que éstas serán derogadas pronto. Todo dependerá de ustedes.

—¿Quieren decir que podemos ir a dónde queramos? —pregunté.

—No, por el momento. Están alojados en el edificio central del Gobierno, y gozan de toda clase de comodidades. Si colaboran, podrán disfrutar de plena libertad. Pero deben comprender que aún necesitan cierto tiempo para adaptarse a la nueva situación. Por supuesto, por su condición de atavares no adaptados, es imposible, por justicia, que reciban el mismo trato que sus demás compañeros.

—Pido disculpas, señores —dijo el comandante—. Soy consciente que resulta ridículo, pero me siento un poco responsable de la suerte que hayan corrido mis hombres —sonrió, turbado—. Sé que el IRE no estaba formado por seres normales, pero, de todas formas, me sentiría más tranquilizado si tuviera más informes acerca de esos miles de hombres que, tanto mis jefes como yo suponíamos muertos, y en cambio…

—Le comprendo, comandante —asintió Hunt—. Para nosotros, todo eso ocurrió hace seiscientos años, mientras que para usted apenas hace unos días que tenía mando sobre ellos. Hemos estudiado sus reacciones psíquicas, y analizado sus registros mentales. No consideramos culpable su condición de jefe de tropas del IRE. Sabemos que tuvo que aceptar el puesto por presión de sus superiores, a causa de unas leves faltas cometidas en las guarniciones del Imperio, en otro lugar de la Galaxia. Para un oficial, no resultaba grato mandar sobre soldados-robots.

Kemhes abrió la boca, sorprendido. Cierto que habíamos sido sometidos a diversas pruebas, dormidos y tendidos en quirófano. Nunca supimos qué hicieron con nosotros, pero siempre despertábamos ilesos, y no nos preocupaba mucho. Ahora sabíamos que habían estado estudiándonos. Me pregunté qué conclusiones habían obtenido de Harriman.

No me sorprendió la reacción de Harriman.

—¿Con qué derecho han hurgado en mi mente? —Kemhes le rechazó, cuando intentó acercarse belicosamente a los Consejeros.

Gene Valley le replicó, con marcado desprecio:

—¿Usted reclama derechos, cuando llegó a Aita con el propósito de llevarse a la Tierra a varios soldados, con los que experimentar para mejorar la infernal raza de tropas sin mente, que servía al Emperador? Me temo que no calibra bien la situación, señor Harriman. Incluso a usted le hacemos la oferta de integrarse en nuestra sociedad. Aunque hemos averiguado que le será difícil, estamos dispuestos a darle una oportunidad, que usted nunca habría otorgado a un enemigo suyo. Será mejor que se calme, y no haga difícil su situación.

Me alegré cuando Harriman volvió la espalda y se sentó en el fondo de la amplia estancia. Al cabo, se levantó y entró en el dormitorio, cerrando con violencia la puerta.

Por un momento, noté una extraña mirada en el atractivo rostro de Hunt Derbey, quien había seguido, con marcado interés, la salida de Harriman. Pero Gene seguía hablando, y yo le presté la debida atención.

—El consejero Derbey y mi hija Rose les acompañarán a que vean, con sus propios ojos, el trato que los soldados están recibiendo en los campamentos que preparamos para ellos, cuando empezaron las apariciones.

Nos indicó que saliéramos. Al otro lado de la puerta, montaban guardia un par de guardias armados, que se quedaron allí, mientras nosotros nos alejábamos por el pasillo. Aquella medida la consideré adecuada. Desconfiaba de Harriman, pues podía hacer alguna tontería, de la cual nosotros, Kemhes y yo, podíamos salir perjudicados.

Respecto a Kemhes, aún no salía de mi asombro.

Durante la campaña, apenas si le había visto un par de veces, y

siempre desde lejos. Sólo cuando fui llamado para ser entregado a Harriman, escuché su voz. Pero aún entonces seguía considerándole un malvado. Al parecer, le había juzgado precipitadamente, aunque el medio en que vivíamos entonces facilitaba un error como el mío. Kemhes, según comprobaba, era una víctima de las circunstancias atroces, por las cuales atravesaba en aquellos tiempos la Galaxia, con guerras en todas partes y sublevaciones que eran sofocadas cruelmente por las tropas regulares del Imperio o los terribles cuerpos de ejército del IRE.

Gene nos despidió cuando alcanzamos el terrado del edificio. Rose, el consejero Hunt, Kemhes y yo entramos en una pequeña nave, El piloto la hizo elevar, apenas nos acomodamos. Cuando alcanzó cierta altura, la dirigió hacia el este de la ciudad.

Habían pasado casi diez días, tal vez once, desde que fuimos capturados, y lo que nos parecía tan desconcertante al principio, ya lo aceptábamos, tanto Kemhes como yo, como si de algo más que natural se tratase.

Apenas nos hubo conducido Rose a la capital, fuimos instalados en una habitación no tan cómoda como las que teníamos ahora. Allí, inmediatamente, Rose, con la ayuda de su padre, el consejero Gene, nos amplió lo que ya empezó a explicarnos en la casa junto al acantilado.

En realidad, los aitas de aquel presente, futuro para nosotros, donde estábamos, aún tenían ciertos puntos oscuros, que no podían explicarse.

Retrocediendo en el tiempo, cuando el IRE invadió Aita victoriosamente al principio, los nativos comprendieron que con sus viejas armas convencionales nunca podrían vencer las hordas de soldados-robots. Un científico aita descubrió un rayo que hacía desaparecer las cosas. Tenía una gran potencia, y ni el más grueso muro podía detenerlo durante los primeros diez o doce kilómetros. Como la situación para el ejército aita era desesperada, no se detuvo en investigar más profundamente aquel descubrimiento. Empezaron a equipar sus tropas, desmoralizadas, con las nuevas armas, iniciando una contraofensiva que ya no se iba a detener hasta terminar de reconquistar el terreno cedido, y expulsando al final, a los invasores.

Ante aquel rayo, aparentemente desintegrador, no había defensa

posible. Calculé que el último ataque aita fue aquél en que Harriman, Kemhes y yo fuimos alcanzados por el mismo rayo. Pero el arma no destruía sino que enviaba a las masas y personas que alcanzaba a un tiempo en el futuro, aunque dentro del mismo plano tridimensional.

Así, todos los miles de soldados del IRE que fueron alcanzados por el rayo de los combates no murieron, sino que sufrieron un traslado temporal de seis siglos.

Cuando la última nave partió de Aita, con los maltrechos restos de tropas invasoras, los aitas investigaron el rayo, sus consecuencias. Se alarmaron cuando descubrieron que habían hecho un horrible regalo a sus descendientes. Aunque no exactamente cuándo sabían que las bajas del IRE irían apareciendo en el futuro.

Durante muchos años, estuvieron preparándose para aquella nueva invasión, al mismo tiempo que restañaban las profundas heridas de la guerra, aislados ya de la Galaxia porque la orden imperial de rodear el planeta Aita de una barrera energética había sido llevada a cabo.

Pero fueron pasando los años, los siglos… Los que habían arrojado al ejército-robot del Emperador murieron, y sus hijos siguieron esperando la aparición de aquellos fantasmas del pasado. Transcurrieron seis siglos, y ya todos los aitas empezaban a considerar la vieja predicción como una fantasía, cuando surgió cerca de una ciudad el primer soldado-robot.

El miembro del IRE llegó, armado hasta los dientes, tal como fue sorprendido por el rayo. Su primera reacción fue atacar a los que curiosamente se acercaron a él. Mató a alguno, pero rápidamente fue despedazado por la multitud.

Las apariciones siguieron sucediéndose, y el Consejo dictó unas leyes urgentes, que algunos consideraron como excesivamente suaves.

El Consejo de Aita llegó a la conclusión de que aquellos soldados no eran culpables de sus acciones, y debían procurar respetar sus vidas. Desde entonces, se crearon unidades que acudían a los sitios más frecuentados por las apariciones, dotadas de armas anestésicas. Incluso los campesinos fueron armados igualmente.

Los científicos aitas desempolvaron los viejos archivos, los partes de la antigua guerra. Calcularon aproximadamente el número de

bajas enemigas ocasionadas por el rayo, y los días en que ocurrieron los ataques. Llegaron a la conclusión de que durante cerca de un año seguirían las apariciones, pero que cesarían cuando se cumpliese el ciclo que debía coincidir con la partida de la última nave imperial de Aita, hacía seis siglos.

No se pudieron evitar muchas muertes de soldados-robots. Algunos se defendían furiosamente, y los proyectiles anestésicos se alojaron en sus maltrechos cerebros, matándolos.

De todas formas, Kemhes y yo sabíamos que el número de soldados del IRE ascendía a cerca de doscientos mil, todos alojados en campamentos especiales, fuertemente vigilados.

Cuando Kemhes había preguntado, muy pálido, porqué los conservaban con vida, Rose respondió.

—Confiamos en encontrar pronto un sistema para devolverles su verdadera personalidad. Todo el planeta está ahora de acuerdo que haberlos conservado con vida ha sido una medida sensata. Esos desgraciados lucharon frente a nuestros antepasados contra su voluntad. Además, todos se encontraban en una situación semejante porque no compartían las ideas del Emperador. Es injusto que mueran, que sean ajusticiados. Tal vez algún día vuelvan a ser seres normales.

»Además, dentro de pocos días, dejaremos de recibir más visitas desagradables. Nunca aparecen en el mismo sitio. A veces, surgen a grandes distancias de donde antiguamente estuvieron los frentes. Aunque no estamos muy seguros, es posible que esto sea debido a la rotación de Aita.

—Tiene razón —asintió Kemhes—. El ejército estaba a punto de evacuar, cuando nosotros fuimos alcanzados en aquel ataque. ¿Qué más sucedió, después de aquella horrible noche?

—Fue el último ataque de nuestras tropas. No quisimos destrozar los campos donde estaban ancladas las naves de transporte. Dos meses más tarde, la barrera fue cerrada alrededor de nosotros.

Pero la barrera no supuso ningún obstáculo para el desarrollo de Aita. Incluso les sirvió para no ser molestados durante seis siglos. Aita era autosuficiente. Con paz y tranquilidad, solamente alterados por el pensamiento de la problemática llegada de los soldados-robots, construyeron una sociedad bastante justa con equilibrios

demográficos y una segura aplicación de los recursos, impidiendo el despilfarro y aprovechando hasta el máximo los recursos recuperables.

—No tenemos necesidad de salir de Aita —dijo Rose, mientras la pequeña nave estaba sobrevolando los arrabales de la ciudad—. Pero creo que tenemos que pensar seriamente en volver a enfrentarnos de nuevo con el espacio exterior, con la Galaxia.

Su voz sonó preocupada, cuando añadió:

—La barrera está disipándose. En breve, no quedará nada de ella. Y no sabemos nada de lo que ha pasado durante este tiempo en la Galaxia. Ignoramos lo que nos espera, de ahora en adelante.

CAPÍTULO VI

Eran tres los grandes campamentos acondicionados para alojar a los cerca de doscientos mil soldados-robots. Visitamos el más cercano a la capital del planeta, enclavado a unos doscientos kilómetros. Tanto Kemhes como yo sabíamos que no había preparado allí nada especial para causamos buena impresión. No existía razón alguna.

Los aitas habían hecho, respecto a los prisioneros, más de lo que podía esperarse de ellos. Simplemente, habían querido realizar las cosas humanitariamente.

Desde lo alto de una torre, observamos a los cientos de soldados pasear por el amplio patio cercado por una gran verja metálica. Yo supuse que podía estar electrificada y Rose, como si me hubiera adivinado el pensamiento, explicó:

—Al principio tuvimos muchos problemas con estos hombres, pero estudiamos a fondo la cuestión, y creo que hemos conseguido algo muy práctico. Como tú bien sabes, David —ya me llamaba por mi nombre, y aquello me complacía—, el soldado adaptado recibe las órdenes de sus superiores por medio de telepatía, transformadas así las ondas de radio. Cuando descubrimos la frecuencia, fue fácil impartir les instrucciones para que cesaran de crear problemas. Para ellos aún están en guerra, pero acuartelados, esperando el momento de regresar al frente.

Los vi decentemente vestidos y con buen aspecto. Lo único deprimente del espectáculo eran los movimientos automáticos de aquellos desdichados. Paseaban por el patio como obedeciendo una orden superior. Y así era, efectivamente, ya que las autoridades del campo usaban la frecuencia para obligarles a hacer ejercicios que los mantuvieran en forma.

—Únicamente no tenemos que intervenir para que ellos realicen sus necesidades más perentorias —añadió Rose.

Kemhes se echó a reír, y nos volvimos a mirarle.

—Me pregunto qué hubiera pasado si los viejos aitas hubieran descubierto la frecuencia que usábamos los mandos para impartir órdenes.

—¿Cómo podían haberlo logrado nuestros antepasados, sin investigar el receptor alojado en los cerebros de esos hombres? —espetó Hunt, moviendo los brazos—. Nunca pudieron coger prisionero a uno solo.

Así era. Un soldado-robot no podía permitir ser capturado. Todos llevaban un dispositivo de autodestrucción. Yo también tenía uno, pero supe localizarlo y anularlo. Aquello me recordó que aún tenía el receptor de órdenes en mi cabeza. No es que me importara mucho, pues al tener en buen estado mi mente, pude siempre actuar según mi criterio, lo cual me salvó en más de una ocasión la vida. Pero de todas formas, era algo que me recordaba viejos y desagradables tiempos. En alguna ocasión, le pediría a Rose que algún cirujano aita me librase de aquel diminuto trasto.

Los aitas no estaban obligados a mostramos aquel campo qué difícilmente podía llamarse de prisioneros, pero me parece que se sentían más tranquilos haciéndolo.

Estuvimos casi dos horas recorriendo todas las instalaciones, los comedores, dormitorios y salas de gimnasia. La comida, al inspeccionar las cocinas, era sana y abundante. De cerca, los soldados mostraban buenos colores, y estaban, tal vez, demasiado gruesos. Lo triste era ver sus ojos carentes de voluntad, mirarnos sin interés, como si una mosca revolotease delante de ellos.

Nos fuimos de allí, después de comer en compañía del alcaide, el cual se mostró vivamente interesado por mi caso. Me hizo muchas preguntas, que yo contesté lo mejor que pude. Parecía buen tipo, y era sincero cuando afirmaba que le preocupaban aquellos hombres y que los científicos aitas debían acelerar los estudios para devolver les a la normalidad.

Tuve una súbita inspiración y dije:

—Tal vez Cole Harriman pueda colaborar con ellos. Luego agregué lo que sabía de las intenciones de Harriman. Hunt asintió y dijo secamente:

—Dudo que acceda a ayudarnos. Ese hombre carece de equilibrio emocional. Por el momento, no podemos esperar nada de él. Tal vez cuando transcurra cierto tiempo, y se adapte mejor a su

nueva situación, podamos conseguir una ayuda total.

Me sorprendió un tanto aquello. Aunque Cole no estuviese muy predispuesto a hacer todo lo contrario que tenía proyectado cuando llegó a Aita en busca de conejillos para experimentar, los gobernantes del planeta podían obligarle a trabajar en algo positivo. Por lo tanto, la seguridad que Hunt pretendía dar a sus afirmaciones no me pareció correcta.

Miré a los demás, y comprendí que ninguno de ellos se había extrañado de las afirmaciones de Hunt. Me encogí de hombros, pensando que tal vez el consejero empezaba a no serme simpático, por la forma con que algunas veces miraba a Rose. A mí también me dirigía miradas por el rabillo del ojo, que no tenían nada de amistosas.

El resto del día lo dedicamos a visitar diversos puntos de aquel continente de Aita, que era el mayor y más densamente poblado. También era el mismo donde desembarcó el IRE. Luego, vimos las zonas donde se libraron las más duras batallas. El terreno que nosotros habíamos arruinado con las terroríficas armas, se había recobrado, y era un verdadero vergel.

Al anochecer, regresamos a la sede del gobierno. Hunt se disculpó en seguida, alegando que tenía una reunión importante, pero que nos veríamos al día siguiente. La guardia seguía delante de la puerta de nuestras habitaciones, y Rose me dijo que volvería más tarde a buscarme para llevarme a cenar en compañía de su padre y Joe, que acababa de regresar a la ciudad, desde la casa del acantilado.

La invitación no fue hecha a Kemhes, pero éste, cuando nos quedamos a solas, me sonrió ladinamente, diciéndome que no me preocupase por él, porque no se sentía ofendido. Luego, añadió que Rose era linda.

Encontramos a Harriman más tranquilo de lo que podíamos esperar. Nos hizo algunas preguntas, y luego se echó un rato sobre un diván, fumando un largo cigarro y esperando la hora de la cena.

Un ordenanza vino a buscarme, y Harriman se quedó con la boca abierta, cuando yo le seguí. Escuché las carcajadas de Kemhes al otro lado de la puerta, cuando se hubo cerrado. Me hubiera gustado escuchar las protestas de Cole.

El consejero Valley tenía unas habitaciones privadas en aquel

enorme edificio, que usaba cuando el trabajo le impedía retornar por la tarde a su vivienda, en las afueras de la ciudad.

Rose estaba preciosa con aquel ligero vestido, transparente en los lugares adecuados. Aquella noche parecía querer mostrarse generosa. Y juro que lo estaba consiguiendo. Estreché su mano, emocionado. No dudé en acariciar los dedos, apretándolos ligeramente al desprenderme de ellos, de su tibio contacto. Añadí una sugerente sonrisa, y ella me respondió con otra, cargada de esperanza para mí.

Rose sirvió personalmente la cena, exquisita, y regada convenientemente con selectos vinos. Una copa de un licor que me recordaba el *brandy* y un buen cigarro, coronaron la pitanza.

—Quería hablar con usted personalmente, señor Landon —dijo el consejero Valley.

—Antes, me gustaría saber por qué conmigo, consejero —dije pausadamente—. No soy sino un simple soldado.

—Ya sabemos que, antes de dedicarse a conspirar contra el Emperador, culminó sus estudios universitarios felizmente. No es un cualquiera. Incluso está más capacitado que el comandante Kemhes. También, su nivel emocional es superior al del señor Harriman. ¿Es esto lo que quería saber?

Asentí, y Gene continuó:

—Ante todo, estamos sorprendidos porque nunca hasta ahora hemos recibido, en nuestro tiempo, sino soldados adaptados. Sabemos que la mayor parte de la oficialidad era normal. No nos explicamos cómo sólo alcanzó nuestro rayo a soldados-robots. ¿Tiene una explicación?

Gene había puesto el dedo en la llaga. Aquella misma pregunta me la había hecho yo varias veces, mientras por la mañana estábamos visitando aquel campo de refugiados. No me parecía adecuada la palabra prisioneros para definir a mis antiguos compañeros de armas, puesto que no estaban siendo tratados como tales.

—Un diez por ciento de las tropas del IRE estaban formadas por jefes y oficiales normales, por supuesto. Tiene razón, consejero. Matemáticamente, deberían existir, al menos, unos dos mil oficiales, teniendo en cuenta que éstos no solían frecuentar demasiado los lugares más peligrosos del frente.

Gene suspiró.

—Eso mismo pensamos nosotros. Pero el consejero Hunt, que hasta hace unos días ha estado al frente de los agentes encargados de capturar a los adaptados y enviarlos a los campos, opina que el IRE estaba mandado por oficiales cobardes, que permanecían todo el tiempo en profundos refugios.

—Eso no es cierto —sonreí—. Los oficiales estaban reclutados entre los elementos más peligrosos de las fuerzas regulares imperiales, pero creo que entre ellos la cobardía era algo desconocido. Aunque disfrutaban excelentes pagas, casi todos sufrían castigos más o menos graves, que expiaban sirviendo algunos años en el IRE.

—Bien, es un pequeño misterio, que tal vez podamos desvelar algún día. De todas formas, Hunt hizo un buen trabajo, mientras estuvo al frente de los agentes especiales.

—¿Ya no está en ese cargo?

—No. Afortunadamente, han cesado de aparecer soldados del IRE. Y creo que no llegarán más. Hemos completado el ciclo, hace unos días, que coincide con la retirada de las últimas naves imperiales.

—Y ustedes tres han sido los únicos hombres normales recibidos —dijo Rose—. Sólo tres, de casi doscientos mil.

—Rose pasaba unos días de descanso en nuestra casa del acantilado, cuando supo la noticia de que partidas de campesinos estaban cazando a varios soldados-robot. Aquel mismo día aparecieron muchos en otro lugar, y los agentes estaban demasiado ocupados. Antes de que llegaran los hombres de Hunt, Rose se hizo cargo de ustedes e hizo lo imposible para que fueran conducidos a la sede del Gobierno, en lugar de ser entregados a Hunt, como hubiera sido normal —las palabras de Valley me sonaron extrañas, como si al mismo tiempo estuviera pensando en otra cosa que le preocupara en exceso.

—Fuimos afortunados —musité, dirigiendo una mirada de profundo agradecimiento a Rose.

—Pero eso no es todo, muchacho. Durante seis siglos, hemos creado una civilización que nos enorgullece a todos. No hemos tenido ninguna guerra entre nosotros. Sólo trabajo y planificación. Apenas hemos cometido errores. Somos quinientos millones de

seres, y no caeremos en el error de superpoblarnos. Tal vez decidimos ejercer un cierto control en la natalidad porque nunca estuvieron seguros nuestros antepasados de cuánto tiempo permanecería en actividad la coraza de fuerza que nos envuelve. Ahora es posible que seamos demasiado pocos para hacer frente a los peligros que nos pueden estar acechando.

—Mi padre se refiere a que, durante ese tiempo, hemos permanecido sin saber lo que sucedía en la Galaxia —dijo Rose—. La barrera también impide la penetración de las ondas de radio. Sólo hemos podido saber que diez años después de ser establecida, el Imperio construyó un enorme satélite, una fortaleza, que nos ha estado vigilando constantemente, por medio de los telescopios. Y siempre ha estado allí, como una advertencia, o mejor dicho una amenaza en nuestro futuro, que por cierto, queda poco tiempo ya para que se convierta en presente.

Asentí con la cabeza, y decidí permanecer en silencio porque intuía que Valley aún tenía que decirme algo más.

El consejero fumó un instante, con la mirada perdida en un rincón de la sala. Se volvió hacia mí, diciéndome:

—La barrera comenzó a perder potencia hace seis meses. Pensamos que dentro de treinta o cuarenta días habrá desaparecido totalmente. Pero aún es excesivamente peligrosa, Landon. Sin embargo, en algunos puntos, muy pequeños, casi no existe. Una nave podría atravesarla y acercarse hasta el satélite imperial, investigarlo desde un punto de aproximación suficiente que nos permitiera conocer las fuerzas que lo ocupan, y tratar de averiguar cuándo nos atacará el Imperio. Nuestro ejército no es muy numeroso, pero si eficaz. Tantos años de aislamiento nos ha ablandado un poco, la verdad. Además, no sabemos el avance científico que en estos años ha habido. Tenemos que averiguar cuanto antes los medios de ataque de que actualmente dispone el Imperio para poder contrarrestarlos a tiempo. Y no tenemos mucho.

»Con toda seguridad, las fuerzas imperiales no nos atacarán hasta que la barrera desaparezca del todo. Por lo tanto, nosotros tenemos que arriesgarnos ahora, acercarnos hasta ellos y espiarlos.

—¿Por qué no lo hacen ya? Están perdiendo un tiempo precioso.

—Por medio de los telescopios, sabemos que ese satélite está erizado de defensas. Apenas descubrieran una nave nuestra, la

harían pedazos.

—No comprendo, entonces, lo que desean de mí.

—Hemos conservado una nave imperial de cuando la retirada de las fuerzas del IRE. Está en perfectas condiciones. Sabemos que las naves del Imperio disponen de identificadores automáticos, que impiden que las defensas del satélite funcionen. Además, posee un sistema que rechaza las ondas detectoras. Con ella, podremos saber todo lo que queramos de ese satélite.

—Y tú eres el único que puede pilotarla, David —añadió Rose.

—¿Yo? No entiendo… Cierto que obtuve el título de navegador en la universidad, entre otras cosas, pero no me considero más capacitado que cualquiera de sus muchos pilotos…

—¿Cómo podemos tener experiencia en vuelos por el espacio, si desde hace seis siglos nuestras naves no pueden elevarse más de veinte mil metros de la superficie? —Se lamentó el consejero—. Sólo contamos con naves de superficie, que sirven para defender nuestro cielo. Las naves que tenemos son viejas, y nunca han podido elevarse. Aunque hayamos adiestrado navegadores durante tanto tiempo, no podemos pedirles que cumplan a la perfección una misión que sólo conocen en teoría. Usted navegó antes de ser mandado, a la fuerza, al IRE. Landon, le pedimos que acompañe a nuestros navegadores en la misión de espionaje al satélite. Sin su ayuda, fracasaría.

Parpadeé. Esperaban una respuesta mía. Los ojos de Rose me miraban, impacientes. Sonreí. ¿Es que ella dudaba de cuál iba a ser mi respuesta?

CAPÍTULO VII

Tendí mi mano a Harriman, y éste dudó unos segundos antes de estrecharla.

—Celebro que haya usted decidido colaborar con los científicos que intentan devolver a la normalidad a los soldados-robots —dije.

Harriman se encogió de hombros y respondió, en medio de un gruñido:

—Bueno, me lo pidió el consejero Hunt con tanta insistencia, que pensé que de alguna forma debía pagar mi estancia aquí. Y ahora me alegro de hacerlo —concluyó con una sonrisa que me desagradó. Le vi alejarse por el pasillo.

Habían retirado la guardia delante de nuestras habitaciones, y nos podíamos mover con total libertad por el edificio, y también por la ciudad.

A Kemhes le ofrecieron un trabajo como instructor de reclutas. En Aita existía cierta tensión, ante la inminente desaparición de la barrera, y las fuerzas armadas se estaban incrementando rápidamente. Pero el comandante pidió algún tiempo para pensarlo, lo cual le fue concedido.

A manera de explicación, a mí me confió Kemhes:

—Compréndelo, Landon. Mi situación es delicada. Esta gente teme que, apenas desaparezca la barrera, sean nuevamente invadidos por las tropas imperiales. ¿Podría yo luchar a su lado, en contra de mis antiguos compañeros de armas?

—Pero tus compañeros murieron hace siglos…

—Es igual. Yo juré fidelidad al Imperio.

—Tiene gracia esto. Todo el mundo está seguro de que de nuevo tendrá que enfrentarse al Imperio. Pero ¿qué sabemos nosotros? Ha pasado demasiado tiempo. ¿Acaso sabemos que existe el Imperio, al menos tal como lo conocimos? Las cosas han podido cambiar, acabarse el despotismo contra el cual yo luché.

—Es posible. Pero el satélite artificial sigue a medio millón de kilómetros de Aita, siempre vigilante. Si piensas que están esperando para decirnos que Aita es libre, que no debe temer ninguna venganza, estás equivocado. Durante un milenio, el Imperio siempre actuó con crueldad contra los que se les oponían.

—No tienes ningún compromiso con tus viejos superiores, con el Emperador al cual juraste fidelidad.

—Tal vez tengas razón. Por eso tengo que pensarlo todo detenidamente. Siempre fui fiel a mis ideas. Si decido ayudar a los aitas, será plenamente, con todas sus consecuencias. Por el momento, me acercaré al laboratorio, y echaré una mano en los trabajos que está haciendo Harriman. Hunt me dijo que, si no accedía a entrenar a los reclutas, podría dar informaciones acerca de las reacciones de los que ellos llaman atavares.

Sí, nos llamaban atavares porque nos consideraban antiguos, pertenecientes a una época pasada, que ahora parecía resucitar ante ellos, llena de incertidumbres, de amenazas.

Para los aitas, nosotros representábamos una época pasada, turbia. Siempre pensé que nos costaría mucho integrarnos en su civilización. Por ejemplo, Joe, el hermano de Rose, apenas cambió unas palabras conmigo. Durante casi toda la cena, permaneció callado. De vez en cuando, le sorprendía dirigiéndonos miradas reprobadoras, como si no estuviera de acuerdo con la amistad, cada día más íntima, de su hermana conmigo.

Rose, apenas me alejé de mis habitaciones, me salió al encuentro. Venía algo preocupada, y reconoció en seguida que me había estado buscando. Le pregunté qué ocurría.

—Joe me ha dicho que el Edil comarcal ha sido sustituido por Hunt.

Al principio, no comprendía y ella añadió:

—Los ediles comarcales rurales están bajo el mando de Hunt. De ellos depende la organización de las batidas para capturar a los atavares. Me temo que Hunt se enfureció con aquel pobre hombre porque no me impidió que os trajera aquí.

—¿Qué importancia tiene eso? Supongo que nosotros hubiéramos terminado aquí, aunque el Edil, por medio de los agentes, nos hubiera entregado a Hunt, ¿no?

Por la expresión de Rose, comprendí que ella no estaba muy

segura de que así hubiera ocurrido.

—Hunt Derbey me da miedo, David —me confesó—. Es ambicioso. Es uno de los más fuertes consejeros de Aita. Durante muchos años, ha maniobrado en la sombra para que se instituya un cargo supremo que él, por supuesto, quería ejercer.

—¿Acaso tiene pretensiones dictatoriales?

—Algo parecido. Hunt dice que en la inminente crisis es preciso un gobierno fuerte, con un mando único y secundado por consejeros que sólo sean eso: consejeros.

Nos cogimos del brazo, y paseamos por los amplios pasillos exteriores. La brisa del atardecer nos acariciaba. Abajo, la ciudad se extendía, serena y llena de belleza.

Tomé a Rose, la hice volver hacia mí y la besé. Lo había estado deseando, desde hacía días. Temblé ligeramente mientras mis labios acariciaban los suyos, tal vez temiendo una reacción por su parte, que no me iba a agradar. Pero Rose se refugió en mis brazos, y prolongamos aquella efusión algunos instantes más.

Aunque no pasaba nadie por allí, cuando Rose se apartó de mí, miró, desconfiada, hacia ambas direcciones.

—¿Qué te ocurre? —pregunté, un tanto molesto—. ¿Sería malo para ti que supieran que nos queremos?

—Nunca tengas a Hunt por enemigo, cariño.

—¿Qué tiene que ver ese tipo con nosotros?

—Me ha pedido varias veces en matrimonio.

—Y tú has rechazado siempre, por supuesto.

—Al principio, lo hacía amablemente, pero las últimas veces eligió un cierto tono amenazador. Por su edad, mi padre dejará de ser consejero pronto, y Hunt insinúa que entonces mi posición no será tan privilegiada.

Me sentí inundado de ira.

—Si ese tipo vuelve a molestarte, le partiré la cara.

—No debí haberte dicho nada —agregó Rose, moviendo la cabeza preocupada—. Olvidaba decirte que están surgiendo dificultades para ir al satélite imperial.

—Pues no nos quedan muchos días…

—Es otra vez Hunt, cariño. Ayer, en la reunión del Consejo, pidió que se aplazara el viaje.

—¿Hasta cuándo?

—La fecha está por decidir.

—Pero ¿por qué? ¿Sabía Hunt que yo iba a participar en la misión?

—Desde luego. Eres imprescindible.

—¿Qué motivos alegó Hunt en el Consejo?

—Sencillamente, dijo que debíamos estar preparados mejor, antes de descubrir al enemigo nuestras intenciones. Si el intento de aproximar la nave al satélite sin ser descubierto, fracasa, los imperiales sabrían, antes de tiempo, que había llegado el momento de pasar a la acción.

—Pero ¿es que no hay nadie en el Consejo con dos dedos de sentido común para haber echado a tierra los argumentos de Hunt?

—Mi padre sostuvo con él una acalorada discusión. Pero el resto de los consejeros tiene cierto miedo ante Hunt.

—¡Eso es absurdo! He revisado la vieja nave imperial. Está en perfecto estado, y todos los circuitos de identificación funcionan a la perfección. Existe una posibilidad entre ciento de que los imperiales nos descubran. Sólo visualmente podrían hacerlo, lo cual es casi imposible. ¿No puedo atestiguar ante el Consejo, y conseguir que el voto de confianza que se ha dado a Hunt sea derogado?

—Tú no podrías intervenir en un consejo porque… Rose se calló súbitamente. Yo asentí, añadiendo:

—Porque soy un atavar, ¿no? Entiendo. A Hunt le costó poco trabajo convencer a los miembros del Consejo para que no autorizasen la partida de la nave. Sólo necesitó decirles que era mucho riesgo para confiar el resultado de una misión de tal envergadura a un atavar, un soldado-robot, que si está ileso mentalmente se debe a un hecho excesivamente casual.

—Oh, David. No debes pensar eso.

—Está bien, está bien. Vamos a ver a tu padre. Ojalá esté también Joe. Tu hermanito tampoco parece sentir demasiada simpatía hacia mí. Es el momento de aclarar muchas cosas.

Eché a andar, entrando en los pasillos cerrados. Rose corría a mi lado, un poco rezagada, hablando atropelladamente, intentando convencerme de que ella, su padre e incluso su hermano estaban de mi lado.

Pero aquel día no pude encontrar al consejero Gene Valley. Ni tampoco los tres siguientes. Joe si estaba, y nos contó que su padre

había recibido órdenes del Consejo de trasladarse a las islas nórdicas. Tenía que revisar ciertas instalaciones militares.

—Eso le llevará unos días. Tal vez no vuelva hasta dentro de cinco o seis días —concluyó Joe. Una sombra de preocupación cruzó por su rostro—. Es posible que vuelva antes. Papá se marchó, disgustado y me aseguró que aligeraría el trabajo todo lo que pudiera.

—¿No te parece todo esto muy extraño, Joe? —le pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Concretamente, a nada. Pero son muchas cosas singulares las que están pasando aquí.

—Al menos, cuéntame esos pequeños indicios.

—Bien. Tenemos a Hunt, que intenta hacerse con el máximo poder en Aita, alegando que la situación es crítica, ante la inminente desaparición de la barrera. También, está Cole Harriman. Repentinamente, ha decidido trabajar en los laboratorios, pero sólo ha consentido cuando Hunt se lo ha pedido. ¿Será porque sabe que Hunt ha tomado bajo la supervisión esta labor? Luego, está la destitución de ese Edil rural. Al parecer, Hunt no le ha perdonado que él se interpusiera ante tu hermana Rose para que Kemhes, Harriman y yo les hubiéramos sido entregados a él personalmente. Para terminar, Hunt ha conseguido que el Consejo demore la partida de la nave para reconocer el satélite imperial. Hunt sabe que yo pilotaré la nave, y la tripulación será adicta a tu padre. Incluso tú deseas participar, ¿no es así?

Joe asintió vigorosamente. Entornó los ojos, y me pregunté si me había entendido. A mi lado, Rose estaba inquieta, pero aquello demostraba que empezaba a interpretarme debidamente.

—Es posible que tengas razón —me dijo Joe—. Pero ¿qué podemos hacer? Todo lo que realiza Hunt está dentro de la ley. Nadie puede acusarle de nada, si no es de celo en su cometido. No nos queda otra salida que esperar.

¿Esperar a que ya nada tuviera remedio? Mascullé unas maldiciones y apreté los puños. Hunt había sido lo suficientemente astuto para inventarse un trabajo especial para el consejero Valley, y alejarlo de la capital por unos días. Me pregunté qué pensaba hacer Hunt, en aquel tiempo.

De lo que no cabía duda era de que, por varias cosas, yo me

había convertido en persona poco grata para Hunt. Y sabía que era un enemigo que debía valorar adecuadamente.

Desde aquel momento, Joe le mostró más abiertamente su amistad, que hasta entonces había sido fría, meramente protocolaria. Con él sostuve varios cambios de impresiones, y cada vez estuvo más de acuerdo conmigo en que Hunt tramaba algo muy especial.

Dos días más tarde, Kemhes vino con una noticia interesante… y repleta de inquietud. Sencillamente, me dijo:

—Ayer acompañé a Harriman y varios científicos aitas a uno de esos campos de refugiados para soldados-robots. Una vez allí, me dejaron solo. Me enfadé mucho, preguntándome para qué demonios me habían llevado hasta allí. Como tenía permiso especial, me dediqué a deambular sin rumbo fijo. Nadie me molestaba, y quien lo intentaba se detenía, al verme mi disco de identificación. Así llegue hasta unos barracones que la otra vez, durante nuestra primera visita, no nos mostraron. Por su aspecto exterior, no tenían nada que los hiciera interesantes. Pero se trataba de unos dormitorios, muy bien acondicionados. Atisbé por la entreabierta puerta, y vi a varios hombres. Parecían descansar, distraerse jugando o leyendo. Vestían ropas semejantes a los soldados regulares de Aita, pero su idioma no era el mismo. Bueno, hablaban casi igual, pero distinto a los aitas. Hablaban con los mismos giros y entonación que nosotros, David.

—Apuesto todas mis pagas atrasadas que no eran soldados-robots.

—Perderías. Cuando reconocí a uno de esos hombres, me retiré de allí lo antes posible. Era uno de mis compañeros de armas, un capitán bajo mis órdenes, que pereció unos días antes de que nosotros fuéramos víctimas del rayo.

—¿Estás seguro?

—¡Claro que sí! Incluso sentí deseos de entrar y saludarlo. Pero por suerte, lo pensé mejor y me marché.

—¿Por qué?

—¿Es que no lo comprendes? ¿Cómo podía, entonces, saber cuál iba a ser la reacción de Harriman, al conocer que yo había estado espiando por allí? ¿Qué diría luego Hunt, cuando le comunicaran que yo había descubierto a oficiales del IRE ocultos? Tal vez no

hubiera vuelto con vida a la capital.

—¿Qué piensas de todo esto?

Se encogió de hombros. Pensó si aquél era el momento de ser yo más explícito con Kemhes, confiárselo todo y ganarlo a nuestra causa. Pero aún dudaba, y quise que él tomase la iniciativa. No podía arriesgar mi propia seguridad, la de Rose, Joe y los demás, tan a la ligera. Nadie podía garantizarme que en aquel momento Kemhes estuviese jugando un doble papel.

—Qué sé yo —me respondió—. Pero aquí ocurre algo raro —de súbito le entró un ligero nerviosismo y añadió—: Tengo prisa. Harriman me pidió una relación de órdenes corrientes con las que nosotros dirigíamos a las tropas.

No me dio tiempo a preguntarle nada más. Se alejó pasillo adelante, dejándome pensativo y con un mayor índice de preocupación, si era posible.

Al anochecer, comenté con Rose y Joe lo que Kemhes me había confiado, esperando sus comentarios.

—Hiciste bien en no fiarte de él —dijo Joe, mirando el vino que medio llenaba el vaso que sostenía entre las manos—. Aunque si es sincero, nos puede ser de gran ayuda. ¿Qué tal opinión tienes de él?

Le contesté que me inclinaba a creerle, pero no en suficiente proporción para hacerle partícipe de nuestros proyectos.

—Bien —dijo Rose—. Mañana llega papá.

—Creí que iba a tardar más días.

—Ha trabajado intensamente para dejarlo todo concluido en la mitad del tiempo que Hunt haya podido prever. Como no ha anunciado oficialmente su regreso, podemos usar el factor sorpresa a nuestro favor.

Asentí.

—Quiero hablar con él, a primera hora.

CAPÍTULO VIII

Cuando Joe me zarandeó, tuve la sensación de que apenas hacía una hora que me había acostado. Estaba al lado de mi cama, nervioso.

—Vamos, vamos —me dijo—. No podemos perder tiempo.

—¿Qué demonios pasa? —inquirí, levantándome.

Tomé las zapatillas y me dirigí hacia el cuarto de baño; pero Joe me agarró de un brazo y señaló mis ropas.

—No perdamos tiempo. Más tarde te cepillarás los dientes, y te ducharás, si quieres —dijo.

—¿Es que está ardiendo el edificio?

—Mi padre ha regresado.

Cogí el reloj, primero, y luego miré por la ventana.

Todavía no había salido el sol. Así, era cierto que apenas había dormido. Hacía poco más de una hora que me había despedido de Rose, dejándola en su habitación.

—No esperaba que llegara tan pronto —mascullé, mientras luchaba por vestirme.

—Está muy preocupado. Quiere verte urgentemente.

—Lo sé, lo sé —terminé de abotonarme la chaqueta corta, y me alisé los cabellos con las manos—. Vamos.

Me dirigí hacia la salida, pero Joe nuevamente me contuvo, señalándome los ascensores de emergencia.

—Usaremos ese camino —dijo, mientras sacaba una llave maestra, con la que abrió la pequeña puerta.

Los ascensores de emergencia estaban distribuidos en todas las zonas y habitaciones más importantes del edificio. Pero las puertas no se podían abrir, si no era por medio de aquellas llaves especiales. En cambio, al ocurrir algo especial, como incendio o ataque, podían usarse masivamente para desalojar, en poco tiempo, a todo el personal.

—¿Por qué no usamos el camino normal? —pregunté mientras ascendíamos vertiginosamente por aquel estrecho tubo.

—Precaución, amigo. Hay patrullas por los pasillos.

—¿Patrullas?

—Son hombres pertenecientes a la guardia personal del consejero Hunt. Están desde hace dos horas en el edificio, ocupando todos los puestos claves.

—No vi a nadie, cuando volví a mi habitación…

—Por el momento, no quieren llamar la atención, pero si nos encontraran por ahí, nos detendrían. Mi padre también usó un camino secreto para llegar a nuestro apartamento.

—¿Secreto?

—Bueno, lo conocen todos los consejeros, pero, por el momento, Hunt no sabe que ha vuelto.

Cuando alcanzamos el piso preciso, tuvimos que arriesgarnos y atravesar un par de corredores. Por fortuna, no nos encontramos a nadie, y pronto llegamos ante la puerta de las habitaciones del consejero Valley. Rose nos abrió, cerrando la puerta rápidamente.

Gene Valley salió a mi encuentro, estrechó desvaídamente mi mano y fue directamente al asunto:

—Rose me ha puesto al corriente de lo que ha pasado aquí mientras tanto, muchacho. No tenemos tiempo, ahora, que perder. Tengo un vehículo esperándonos al otro lado de la plaza. No me he atrevido a hacerlo descender en el terrado de este edificio.

—Cuénteme lo que pasa, consejero.

—En realidad, apenas he concluido con el trabajo que me fue encomendado. Al dirigirme hacia allí, pasé por el astropuerto donde está la vieja nave imperial. Los hombres de confianza que dejé custodiándola han sido apartados de ella, encerrados en un cobertizo. Hombres de Hunt la vigilan. Simulé no darme cuenta, y seguí hasta las islas, pero regresé a la primera ocasión. Ayer intenté ponerme en contacto con otros colegas consejeros, pero sus casas están vigiladas. Son los más reacios a los proyectos de Hunt. Los tímidos o los que están a su lado aún siguen en sus puestos.

»Si actuamos a tiempo, podremos largamos de aquí, recobrar la nave imperial y dirigirnos hacia el satélite artificial. Es preciso que hagamos la investigación cuanto antes. Hunt quiere aprovecharse del estado de inquietud que existe en Aita para proclamarse

dictador y asumir todos los poderes».

—No lo tome a mal, señor, pero, a veces, en los momentos de crisis, es preciso que un hombre fuerte tome el mando.

El consejero me miró, perplejo, luego sonrió y dijo:

—Claro, tú no has podido indagar, como yo estos últimos días, y desconoces a fondo cómo es Hunt. No, no lo tengas por un patriota. Hunt está jugando un doble juego. A algunos consejeros ha podido convencerlos para que el poder le sea entregado temporalmente, hasta que el peligro que nos acecha sea eliminado. Pero Hunt quiere pactar con el Imperio.

—No lo entiendo…

—Cuando tenga el poder sobre los dispositivos militares, establecerá conversaciones con el Imperio. A cambio de evitar la guerra, se someterá al mando imperial, si él continúa en el poder como virrey, regente o algo parecido. Luego, con el apoyo del Emperador, se consideraría poderoso.

—¿Cómo ha podido enterarse? Noté que Gene miraba a Rose.

—Hunt se lo confió a mi hija, cuando la pidió en matrimonio. Incluso a mí me dijo que debía convencerla para que accediera a la boda, ya que iba a casarse con el único hombre que podría salvar a Aita de la destrucción. Hunt está convencido, o quiere convencernos de ello, que esta vez el Imperio no se conformará con rodearnos con una capa energética, sino que arrasará la superficie del planeta.

—¿Cree que si nosotros vamos hasta el satélite imperial, lograremos convencer a los partidarios de Hunt de que podemos luchar contra el Imperio y vencer?

—Qué sé yo lo que podemos encontrar. Pero Hunt no ha querido consentir el viaje. ¿Por qué? Tal vez tema que allí esté la clave que desbarate sus planes. Me alejó de la capital para dar el golpe de estado, y proclamarse jefe supremo de las fuerzas armadas. Por el momento, apelará al patriotismo del pueblo ante el peligro imperial, pero cuando se consolide en el poder, no tendrá necesidad de fingir.

—Pero el ejército puede volverse contra él.

—No olvides que Hunt dispondrá de otro ejército —intervino Rose.

Me volví para mirarla, confuso. Al principio, no la comprendí, pero en seguida me maldije. ¿Cómo había podido ser tan estúpido

en aquel momento si horas antes, mientras conversábamos, mi mente había estado dando vueltas a una idea incipiente? Una idea, un temor, que ahora se estaba convirtiendo en realidad.

—Los soldados-robots —dije, y no necesité respuesta.

Rose me la dio en silencio.

Joe entró. Llevaba una pequeña maleta.

—Es hora de irnos —dijo.

El consejero Gene nos rogó que esperásemos un momento, se volvió para coger una carpeta con papeles, y yo me fui hacia la puerta, cuando en aquel momento se abrió. Joe había olvidado de cerrarla por dentro.

Alf Kemhes, entró, y cerró tras él. Nos miró y exhaló un suspiro.

—Creo que llego a tiempo…

—Explícate —empecé a decir, cuando escuchamos pasos en el pasillo.

Los secos sonidos de las botas militares nos hicieron enmudecer.

—Estaban más cerca de lo que suponía —dijo Kemhes, apartándose de la puerta en el preciso instante que el zumbador sonó estridentemente.

Rose conectó el visor, y vimos que tres soldados, con los uniformes pardos de la guardia personal de Hunt, estaban al otro lado de la puerta.

Joe se había acercado hasta la pequeña puerta del ascensor de urgencia, y se volvió, desolado, hacia nosotros.

—Han bloqueado el sistema de apertura. Ni la llave maestra sirve.

No había ventanas ni otra salida. Estábamos allí, sin posibilidad de escapar. Por unos segundos, nos habían atrapado. Miré, furioso, a Kemhes, pero me comí la rabia, y desistí de golpearle.

El zumbador volvió a funcionar, y Rose, ante una indicación de su padre, abrió la puerta.

Los tres soldados entraron. Dos se quedaron junto a la puerta y el tercero, adelantándose, después de mirar con indiferencia a Kemhes, dijo al consejero:

—Tengo órdenes de conducirles a presencia del consejero Hunt, señor.

—¿A quiénes concretamente? —preguntó Gene, muy pálido.

El soldado posó su dura mirada sobre mí, sonrió y dijo:

—Ya hemos estado en la habitación del atavar llamado David Landon. Es una suerte que esté aquí. Otras patrullas le están buscando. Todos están detenidos.

Señalé a Kemhes.

—¿También él?

El soldado se encogió de hombros.

—No tengo órdenes respecto a él. Alf Kemhes puede irse. ¿Les hacia una visita de cortesía?

Apreté los puños. Kemhes estaba detrás del soldado que hablaba, y al lado de los dos que custodiaban la salida. Permanecía contra la pared, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, observándolo todo como si nada fuera con él.

De pronto, el comandante se movió rápidamente, sacó la mano derecha, empuñando una pistola corta, de rayos láser. Un soldado gritó, y entonces Kemhes disparó.

Fueron tres trazos cortos y delgados, intensos, mortales.

La habitación se llenó de olor a carne quemada y el humo fue aspirado unos segundos después, los que necesitamos para reaccionar.

Kemhes pasó por encima de los calcinados cadáveres, se asomó a la puerta, volviéndose hacia nosotros.

—No hay nadie más. Vámonos, ahora que aún estamos a tiempo. Consejero Valley, su entrada en el edificio fue descubierta. Tan pronto lo supo Hunt decidió poner en práctica su plan. Sólo está esperando saber que David está a buen recaudo.

—¿Por qué yo? —pregunté, mientras me agachaba.

No me impresionaba lo más mínimo el feo espectáculo de los cuerpos quemados, y tomé un par de pistolas entre aquel amasijo. Mi preparación como soldado-robot seguía funcionando.

—No olvides que llevas en el cerebro alojado un receptor de órdenes. Cuando Hunt comience a dar instrucciones a su flamante ejército, tú puedes enterarte de todo.

Decidí dejar para mejor ocasión formular a Kemhes el montón de preguntas que se me estaban ocurriendo. Salimos al pasillo, y corrimos hasta alcanzar un montacargas de servicio. Entregué la otra pistola a Joe, que la tomó con decisión.

Nos dejamos conducir por el consejero y su hijo. Yo tomé la mano de Rose para brindarle mi protección, pero me tranquilicé al

notar la serenidad en el rostro de la muchacha. La ligera palidez que había tenido, a raíz de los disparos, se había esfumado. Era una chica decidida, valiente.

Al atravesar las plantas intermedias, escuchamos disparos, apenas se detuvo el ascensor. Volvimos a cerrar y continuamos hasta las plantas doce y trece. Por allí, a través de las ventanas se podía pasar a la casa colindante, según aseguró Gene. Y de ésta, al lugar donde nos esperaba la nave, sólo había unos pasos.

Por suerte, todavía no había salido el sol, y la penumbra de la incipiente mañana nos ayudó eficazmente. Al parecer, Hunt aún no había tenido tiempo suficiente para bloquear todas las salidas del edificio, y las plantas inferiores, a excepción de las entradas principales, estaban desiertas.

Del edificio cercano bajamos a la plaza, y llegamos hasta las naves estacionadas. El vigilante, nos miró, extrañado, pero no se opuso a nuestra entrada precipitada en el recinto. Era un hombre mayor, de empleo privado, y debía conocer al consejero.

Instantes después, ascendíamos vertiginosamente hacia el cielo. Joe, sentado ante los mandos, recibía las instrucciones de Gene, a quien de repente parecían faltarle las fuerzas, como si toda la abrumadora realidad hubiese caído sobre sus viejos hombros, en un segundo.

—Existe confusión en la sede del Gobierno; es posible que podamos llegar al astropuerto antes de que alerten a los hombres que vigilan la nave imperial. Nuestros amigos están cerca y nos ayudarán a rescatarla.

Demandé silencio imperiosamente, con un ademán tajante. Entorné los ojos, y sentí aquella desagradable sensación de escuchar una voz átona dentro de mi cabeza.

Desde hacia unas semanas, el receptor de órdenes no había funcionado. Ahora, al cabo de seis siglos objetivos, volvía a ladrarme instrucciones.

Todos me miraron, a excepción de Joe, con marcado interés, aguardando que yo les transmitiera lo que Hunt estaba ordenando al ejército robot.

* * *

Volábamos a veinte mil metros de altura, y Joe ya nos indicó

que comenzábamos a descender sobre el campo espacial. Kemhes, después de aplastar su décimo cigarrillo contra el cenicero, concluyó su relato:

—Hunt no necesitó de muchos argumentos para convencer a Harriman para que le prestara su ayuda. Cole sigue siendo un fanático imperialista. Ha trabajado estos días activamente en confeccionar un transmisor de órdenes para los soldados-robots. Era lo único que precisaba Hunt. Ya tenía a su lado a los oficiales, a los que había puesto de su parte, a medida que sus agentes los iban capturando, mientras iban apareciendo en este tiempo.

—Siempre consideré a Hunt un hombre lleno de ambiciones, pero incapaz de traicionar a su planeta —murmuró Gene amargamente.

—Es calculador. Sabe que el Imperio puede triunfar esta vez, o Aita lograr para siempre la libertad, si evita que las bombas caigan sobre ella, arruinando su atmósfera. De todas formas él perdería, porque no conseguiría lo que tanto desea: el poder absoluto. En cambio, con el apoyo del Imperio, sí puede gobernar casi absolutamente. Cuando empezaron a aparecer los soldados-robots, definió su plan. Se hizo cargo de irlos recogiendo y reducirlos en los campos de refugiados. Pero los oficiales y jefes no adaptados, que fueron apareciendo, fueron escondidos. Luego, él y sus más íntimos colaboradores, fueron exponiéndoles la situación y la posibilidad de entregar el planeta al Imperio, sin apenas luchar. Pero carecía de un transmisor de órdenes para los soldados. Aunque durante meses tuvo a docenas de científicos trabajando para él, nadie podía dar con la clave, hasta que apareció Cole Harriman.

»Al principio Hunt temió que sus planes se vinieran abajo, cuando fue Rose Valley la que capturó a Cole, junto con David y yo. Pero al comprobar que Harriman era un fanático seguidor del Emperador, con ideas revolucionarias para perfeccionar los ejércitos del IRE, y amplios conocimientos sobre la adaptación de mentes, todo lo vio más claro. Era justo a tiempo. Podía ya actuar.

—¿Por qué se ha precipitado, de todas formas? —preguntó Gene.

—Yo accedí a colaborar con Harriman en el laboratorio. Aparentemente, allí se trabajaba para devolver la razón a los soldados, pero en realidad, se estaban terminando los transmisores

de órdenes. No confiaban demasiado en mí, aunque sabían que mi ayuda sería importante. Ahora los jefes y oficiales normales del IRE, al frente de los batallones, están dominando las bases militares e instalaciones defensivas de todo el planeta, encerrando o matando a los aitas que no quieren colaborar con el nuevo régimen —concluyó Kemhes.

Asentí.

—Así es. En algunos puntos del continente, se lucha contra los soldados-robots, pero muchas unidades han decidido acatar la nueva situación.

—No es posible…

Sonreí tristemente.

—Es cierto. Constantemente capto las órdenes en un sentido u otro. ¿Por qué no, consejero? —pregunté. Las fuerzas armadas aitas se encuentran en un verdadero aprieto. Hunt asegura que todo lo hace para salvar a Aita de las garras del Imperio, y algunos le creen… o prefieren creerle porque piensan que una guerra civil sólo dejaría más despejado el camino para la invasión.

—Pero no pueden confiar en un hombre que no ha dudado en emplear a los soldados atavares —protestó Gene.

—Hunt les asegura que estos hombres serán los más furibundos enemigos de sus antiguos amos, que ahora sólo le obedecen a él.

—Creo que estamos perdidos.

—Nada de eso, consejero Valley —le animé—. Aún tenemos la posibilidad de llegar hasta el satélite imperial.

—¿Qué podemos obtener ahora? Sabemos que los informes que dispongamos no servirán para defender a Aita porque Hunt está dispuesto a entregarla al Imperio.

—Deje eso de mi cuenta —dije, golpeándole el hombro.

Joe soltó un quejido, desde el puesto de piloto. Rose me miró, inquieta, y Kemhes cruzó una mirada de inteligencia conmigo.

La pequeña nave estaba descendiendo sobre el campo espacial. Por los visores, no vimos señal alguna de actividad. Todo estaba tranquilo. Al parecer, aún no había llegado hasta allí la violencia de la revuelta.

Desde la torre, nos dieron el permiso para aterrizar y lo hicimos cerca de la rampa donde permanecía la nave estelar del Imperio, reliquia de hacía seis siglos, pero que aún se conservaba en

magnífico estado.

Nos dirigimos resueltamente hacia el par de soldados de Hunt, que montaban guardia a su lado. Si sabían algo respecto a nosotros, que estábamos siendo buscados por su amo, no les dimos tiempo para pensarlo. Reducidas al mínimo, nuestras pistolas los derribaron sin sentido.

Joe corrió hacia el cobertizo cercano, abrió la puerta, y los hombres que durante años se habían estado adiestrando para tripular la arcaica nave, salieron de allí, dirigiéndose a tropel hacia la esclusa de entrada, ante la cual el consejero Gene les animaba a apresurarse.

Al fondo del campo empezaron a moverse algunos vehículos armados hacia nosotros, con la intención de impedimos partir. Pero yo fui el último en subir, y cerré tranquilamente la pesada compuerta de acero.

Sabía que nada ni nadie podría ya impedirnos ascender hacia las estrellas, y dirigimos al satélite que durante seis siglos había sido centinela de los aitas.

CAPÍTULO IX

La escuadrilla de cazas estratosféricos quedó atrás.

No dispararon cuando nos tenían a tiro, lo cual nos hizo pasar un mal rato, aunque nos dejara bastante perplejos a todos.

Los cazas siguieron nuestra partida, a una distancia que nunca disminuyó de los veinte kilómetros. Joe me aseguro que disponían de torpedos teledirigidos que podrían habernos despedazado a lo largo de un tiempo terriblemente largo para nosotros, casi diez minutos, los que necesitábamos para alcanzar los cien kilómetros de altura, desarrollar toda la potencia de los motores de la nave, adquirir una órbita y seguir alejándonos.

Habíamos estado indefensos, en sus manos. Detrás de mí, aún observando, por la pantalla del radar, cómo los cazas se perdían de vista, Gene comentó:

—Es muy extraño. Si Hunt se ha apoderado de las fuerzas estratégicas del aire, ¿por qué no ha ordenado que nos destruyeran? Era el momento adecuado. Si más tarde recibía críticas, podía decir que todo se debió a un mal entendido, consecuencia de la confusión de los momentos iniciales de la revuelta.

No tuve tiempo de responderle porque el técnico en comunicaciones estaba recibiendo las señales concretas de que pretendían establecer contacto con nosotros. El técnico, un joven pelirrojo, dijo:

—Procede de la Base Insular, señor —se dirigió al consejero como si tuviera que pedirle a él permiso.

Aquello me irritó. Al hallarme al mando de aquella vieja pero estupenda nave, había pensado que yo debía tomar todas las decisiones. No era así. No podía serlo. Sonreí y dejé que Gene contestase.

—Los cazas debían pertenecer a la Base Insular —se rascó la barbilla y asintió—. Establece contacto.

El chico se había compenetrado con la vieja pero eficaz técnica imperial de antaño, y unos segundos después, se encendió una pequeña pantalla visora, al tiempo que nos llegaba la ansiosa voz de un hombre:

—… está pasando. —El dueño de la voz era un hombre de unos cincuenta años, de pelo canoso, cara ancha y bronceada. Reconocí que vestía el uniforme de general de las fuerzas del aire—. Necesito saber qué está pasando. Insisto, N. I.; en caso contrario, obedeceré las instrucciones del consejero Hunt Derbey, y cortaré su trayectoria con los proyectiles de largo alcance. Si es verdad que a bordo va el consejero Valley, acusado de alta traición, deberá responder a esta llamada. No esperaré mucho tiempo.

En aquel momento, el general debió de captar la imagen de Valley, pues calló y pareció respirar un poco aliviadamente, agregando:

—Demonio, viejo chocho. ¿Qué locura está pasando?

—Hola, general Tenshood. Me alegra verte, viejo amigo. Nos dirigimos hacia el satélite imperial, tal como estaba programado que se hiciera desde hace tiempo para cuando la barrera energética se evaporase. ¿Qué te suponías?

—Vamos, Gene. Explícame. Tengo órdenes del Consejo, ahora encabezado por Hunt, de derribaros antes de que estéis fuera del alcance de mis proyectiles. Ya lo he podido hacer antes, por medio de los cazas. ¿Es que no los habéis visto?

—Claro que sí. Debí figurarme que tú debías estar por medio. ¿Es que pretendes que dé la vuelta, y me ponga bajo las manos de Hunt?

—Dime qué pretendes. Puedes hablar en confianza.

Usamos circuito secreto, y nadie podrá escucharnos. Pero hazlo rápido. Antes de diez minutos, tengo que contestar a Hunt, anunciándole tu muerte o mandándolo al diablo.

Gene lo contó todo lo más rápidamente que pudo.

Creo que apenas omitió detalles importantes. Al final de su perorata, el general asintió vigorosamente.

—Es lo que necesitaba escuchar. Ese Hunt lo va a pasar mal. Pero dime, ¿qué pretendes encontrar en el satélite enemigo?

—La forma de impedir una guerra civil.

—Pues haz pronto lo que sea. Por el momento, hemos

establecido una tregua. Mi base está rodeada de tropas compuestas de esos soldados locos, mandados por oficiales del viejo Imperio, que no sé de dónde han salido, y otras unidades que se han unido a la revuelta de Hunt, aunque él la llame bajo un sonoro nombre patriótico.

—¿Y en el resto del planeta?

—Todo está más o menos igual. Relativamente, no ha habido muchos muertos. Las cosas están calmadas, ante el anuncio lanzado por Hunt, en el cual se ha prometido aclararlo todo, tan pronto detenga tu nave, Gene. Hunt jura que, con tu acción, sólo lograrás precipitar la invasión de los imperialistas, antes de que él, con su plan, logre un sistema defensivo eficaz.

—¿Qué vas a hacer?

—Sigue con tu plan. Estoy en contacto con otros jefes, que han logrado poner bajo su mando magníficas unidades, pero la mayoría me han dicho que no están dispuestos a sacrificarlas, en un momento en el cual Aita está necesitada de todas sus tropas. ¿Cuánto tiempo necesitas?

Gene me tocó el hombro. Hice unos rápidos cálculos y respondí directamente al general:

—Veinte horas. Llegaremos al satélite imperial, dentro de ocho.

El general me miró con evidente desconfianza.

—Ése debe ser el atavar que piensa por su cuenta.

Hunt ha puesto precio a su cabeza. Dice que es peligroso porque no obedece sus órdenes mentales, sino que es un espía al servicio del Imperio. ¿Confías en él, Gene?

Estuve a punto de echarme a reír. La cosa tenía gracia. Pero callé porque Gene respondió por mí:

—Como en mi propio hijo, Tenshood. ¿Te vale?

—No me queda más remedio. Suerte a todos. Estableceremos contacto dentro de diez horas, antes de que iniciéis el regreso a Aita. Ah, Gene. Tengo entendido que Hunt ha guardado viejas naves espaciales en secreto, y están armadas. Puede seguirte al espacio, y, aunque no alcanzarte, sí esperarte al regreso.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, viejo amigo. Sé prudente.

La pantalla se borró, y escuché a mi espalda el resoplido del consejero. Un ayudante acudió a mi llamada, y tomó mi lugar ante los mandos. Me reuní con el grupo formado por Gene, Joe, Rose y

Kemhes.

Gene dijo, preocupado:

—No es para sorprendernos la actitud de Hunt. Está utilizando el temor al Imperio para evitar que las fuerzas que no se le han unido comiencen la lucha contra él. Ya sabemos que todos están esperando el resultado de nuestra misión.

—Eso es lo que me preocupa —dije—. Hunt ha debido intuir lo que nosotros pensamos encontrar en el satélite imperial, por lo tanto, sabe que, apenas regresemos con la noticia, las fuerzas Que se le han unido se volverán contra las tropas del IRE, que nunca desertarán de su lado, mientras Harriman las controle, ayudado de los oficiales.

—Incluso así se producirá una gran matanza en nuestro mundo. Sí Hunt lo ve todo perdido, no se entregará. Es lo suficientemente loco para conducimos a todos a la destrucción. —Gene movió la cabeza con pesimismo—. Y los soldados-robots morirán hasta el último, matando, sin rendirse nunca.

—Lo sé —dije—. Los conozco muy bien —sonreí—. Pero confiemos.

Me volví para encender un gran panel. Nuestra nave se estaba portando maravillosamente bien, y Aita se alejaba de nosotros, mientras crecía delante nuestro la enorme estructura polimorfa que era el satélite imperial establecido allí hacía casi seis siglos para vigilar a Aita y castigarla definitivamente, cuando la barrera hubiera desaparecido.

Aquella zona mortal la habíamos cruzado hacía apenas unos minutos. Los indicadores apenas si pestañearon. Los restos de energía que la habían formado durante seiscientos años apenas arañaron nuestro sólido casco. Unos meses antes, lo hubieran desintegrado en medio de una nube cárdena.

Todos miramos la imagen tenebrosa del satélite, de mateado acero brillando tenuemente al sol, erizado de casamatas, esclusas y miles de puntos defensivos.

Me aseguré, pese a todo, de que nuestros indicativos estaban funcionando. Sólo visualmente podían descubrirnos, lo cual era casi imposible. Nuestra nave era una máquina del Imperio, y podría acercarse impunemente hasta ella, incluso posarse sobre una de sus entradas.

—Durante seis siglos, los ojos temerosos de los aitas se han levantado todas las noches hacia el cielo, dirigiéndolos hacia esta máquina de guerra, siempre acechante —dije, tal vez un poco melodramático—. Durante este tiempo, tuvieron la convicción de que de aquí partiría de nuevo el terror y la guerra. Nunca lo dudaron. Así transcurrió el tiempo. ¿Cómo es que nunca se detuvieron a pensar que el Imperio podía dejar de ser invencible?

—¿Qué insinúas, muchacho? —inquirió el consejero.

—David tiene razón —intervino Kemhes—. Hace seis siglos, el Imperio ya estaba herido de muerte. No podía luchar contra tantas sublevaciones. Todo el mundo ha seguido pensando, en Aita, que sigue siendo fuerte y vengativo. ¿Por qué? Podemos tener una sorpresa, cuando entremos ahí —y señaló la masa cercana.

—Eh, ¿quién ha hablado de entrar ahí? —protestó Joe, sobresaltado—. Los planes son espiar las instalaciones, y descubrir con cuántas fuerzas de invasión cuentan…

—Si piensan que ese satélite está deshabitado, abandonado, se equivocan —dijo Gene—. Hemos tenido tiempo, durante seis siglos, de saber que en su interior palpita la fuerza suficiente capaz de mantenerlo con vida, junto a un millón de hombres. Y así sigue aún. Días atrás, apenas hace dos semanas, yo mismo vi las últimas comprobaciones.

—De todas formas, podemos acercarnos a una esclusa de entrada, y penetrar en su interior —afirmó Kemhes—. No debemos temer nada, dentro de esta nave. El satélite nunca disparará contra una de sus propias naves.

El consejero meneó la cabeza, lleno de dudas.

—No sé qué hacer. Es demasiado arriesgado. Los generales que se han mantenido fieles al Consejo sólo nos esperaran unas horas. No podemos retrasarnos. Si lo hacemos, comenzará una cruel guerra civil en Aita, algo peor que un conflicto contra el Imperio…

—Precisamente por eso, debemos asegurarnos, de una vez, de si sigue existiendo el Imperio, si aún continúa la raza humana matándose entre sí por la Galaxia. Ahora tenemos la oportunidad de averiguar qué ha pasado en el exterior, en todo este tiempo. —Aseveré, furioso. Aspiré profundamente, me giré hasta el consejero Valley, le señalé con el índice, y añadí, impaciente—; De todas formas, estallará la guerra civil, si no lo evitamos. Digamos o no

que no debemos temer ningún peligro del Imperio, Hunt lanzará sus tropas robots contra las unidades que no se le han unido. Decídase de una vez, señor.

—Pero ¿qué esperan encontrar ahí dentro? —Casi aulló Gene, señalando el cada vez más cercano satélite.

—No estoy seguro, pero tal vez tengamos la suerte de encontrar pronto lo que confío.

Gene me respondió con una mirada de desamparo, pero que, en definitiva, era de consentimiento.

—¿Qué captas? —me preguntó Kemhes, mientras nos dirigíamos directamente hacia la abierta esclusa del satélite.

Se refería a mi receptor de órdenes. Volví a negar con la cabeza.

—El pacto de la tregua se sigue respetando —contesté, intentando mantener toda mi atención a la maniobra de penetración —. Hunt dejó de impartir órdenes mentales a sus soldados, pero no dudes que tiene todas sus tropas distribuidas estratégicamente por el planeta, esperando el momento de atacar. Si no lo hace es porque sabe que yo comunicaría al instante sus intenciones a las fuerzas que se le oponen.

—Entonces, mientras tú estés vivo, nunca se decidirá a ordenar el ataque porque no podría hacerlo por sorpresa —sonrió Kemhes.

—Ojalá fuera así. Mira.

Kemhes siguió la dirección de mi dedo, que apuntaba al detector de popa. El puntito luminoso había salido de Aita hacía dos horas, y avanzaba velozmente hacia nosotros. Hacía un rato que el hombre encargado de la vigilancia me lo había comunicado.

—¿Qué es?

—Una nave. Una nave aita. Muy veloz. Al parecer, Hunt se ha decidido a venir tras nosotros.

—¿Está armada?

—Me temo que sí. Y mejor que esta reliquia. Los aitas no contaban con fuerza espacial, pero sí con algunos prototipos secretos, al parecer, construidos por el consejero.

—No podrán alcanzarnos.

—Desde luego que no. Antes, estaremos dentro del satélite, pero no podemos evitar que nos espere a que salgamos para freírnos con los rayos láser.

—¿Qué pretende? Me parece que está arriesgando demasiado.

—Hunt ha debido comprender que las cosas se le están poniendo feas. No quiere que regresemos a Aita, ni siquiera que salgamos con vida del satélite. Pretende destruirnos, y comunicar al planeta que ha sido el Imperio quien ha aniquilado esta nave y sobre todo al consejero Gene.

En aquel momento la nave, penetró en la oscura esclusa, y detrás nuestro se cerraron las grandes y pesadas puertas de acero. Nos detuvimos pesadamente sobre un muelle de acero, y unas tenues luces se encendieron delante de nosotros.

Al menos, las instalaciones automáticas del satélite seguían funcionando.

Me pregunté si aquello sería un buen indicio para nosotros o todo lo contrario.

CAPÍTULO X

Los aparatos empezaron a indicar que había aire en el exterior, pero no quisimos perder el tiempo averiguando si resultaba apto para nosotros. Ordené que se usaran los trajes espaciales, y salimos por la compuerta de presión de babor.

Joe protestó mucho, cuando insistí en que se quedara a bordo, pero fue convencido cuando le dije que alguien responsable tenía que quedarse al cuidado de la nave.

En cambio, no pude conseguir que Rose permaneciese allí, alegó que por su condición de investigadora de diseños espaciales, podría ayudamos a encontrar el camino más corto para llegar al centro neurálgico de aquella enorme luna artificial, creada para la destrucción.

Además de Kemhes y el consejero, nos acompañaron dos hombres, no precisos en la nave, mientras ésta permaneciese amarrada al muelle.

Apenas pusimos los pies en la rampa de ascenso, comprendimos que la presión atmosférica era escasa, incapaz de permitirnos respirar. Kemhes y yo nos miramos a través de nuestros cascos espaciales, y sonreímos aliviados.

—Esto está abandonado —casi grité.

—Eso es algo que estabas esperando, ¿no?

—Y parece que ha estado así, desde hace demasiado tiempo, tal vez dos o tres siglos.

—Es incomprensible —exclamó a mi lado el consejero Gene, mientras avanzábamos por la rampa—. ¿Cómo no lo descubrimos antes?

—Es sencillo, señor —dijo Kemhes—. La barrera energética sí era real. Hace unos meses, aún era lo suficientemente poderosa para impedir descubrir la carencia de vida en este satélite, desde Aita. Pero creo que esto es algo que se debió deducir desde hace, al

menos, dos meses, cuando el poder de la barrera disminuyó lo suficiente. Tengo entendido que Hunt controlaba las investigaciones al respecto, ¿no?

El consejero se limitó a asentir, y yo solté un gruñido. Hunt había procurado controlar todos los campos que a él le interesaban para seguir ampliando su trama, perfeccionarla.

En algunas secciones del satélite, los dispositivos automáticos estaban estropeados, y tuvimos dificultades con las puertas herméticas. Al llegar a las zonas que debían estar habitadas por los miles de servidores del satélite, empezamos a descubrir indicios de lucha, de abandono, no tan precipitado como al principio habíamos supuesto.

—Es posible que aquí cundió la anarquía —dije—. Cuando el Imperio dictó el cierre de la barrera construyeron, poco después, este satélite pero no pudo mantenerlo activo más de un siglo. Los dominios en la galaxia se le escapaban como agua entre los dedos. Tal vez los últimos ocupantes de este satélite fueron piratas, desertores de la armada imperial.

—Pero esto sigue funcionando —dijo Rose.

—Tú misma puedes dar la respuesta —sonreí.

—Energía solar. Una fuente inagotable. Los satélites artificiales la usan más que ninguna otra, por barata.

—Y nosotros que tuvimos miedo al acercarnos, al dudar de la eficacia de los identificadores de la nave —escupió Kemhes, o al menos hizo dentro de su casco un sonido similar—. Todo esto está desmantelado. Los cañones han sido robados hace siglos.

Estábamos ante las grandes salas donde las baterías positrónicas habían estado apuntando antiguamente hacia Aita. Allí las aberturas impedían que el enrarecido aire fuera retenido; viendo el planeta situado a medio millón de kilómetros de nosotros.

Los ascensores no funcionaban, y sabíamos que teníamos un gran trecho que recorrer antes de llegar al lugar donde suponíamos que debía estar enclavado el antiguo puesto de mando. Al usar las escaleras, lo hicimos temiendo que el tiempo se convirtiera en nuestro más implacable enemigo.

Pero penetramos en unos niveles que aún conservaban herméticas sus puertas, las cerramos detrás de nosotros, y el aire empezó a silbar con fuerza. Rose se detuvo a analizarlo con sus

aparatos, y dijo que resultaba respirable.

—De todas formas, seguiremos con las escafandras —dije.

En aquel momento, cuando estábamos penetrando en el nivel del puesto de mando, la voz alterada de Joe sonó dentro de nuestros cascos:

—La nave de Hunt ha forzado la entrada de otra esclusa, y acaba de penetrar en el satélite. He recibido un mensaje suyo. Quiere hablar contigo, papá.

—Pásanos la comunicación —dije, y sonreí disculpándome ante el consejero, por haberme permitido contestar por él.

Después de unos chasquidos, y cuando ya estábamos dentro de la arrasada sala de mandos, nos alcanzó la voz nerviosa de Hunt:

—Quiero hablar con Gene Valley.

—Te escucho, Hunt Derbey.

—Quiero hacer un trato contigo.

—Lo dudo.

—Acabo de llegar al satélite, y sé que estás en el puente de mando. Puedo alcanzarlo dentro de unos minutos. Yo he usado una entrada que está más cerca que tu nave.

—Pareces conocer esto muy bien.

—He estado aquí varias veces, desde hace meses.

—Eso me parece, ahora, normal. Tú sabías que el Imperio ya no representa ningún peligro para Aita.

—No, claro. Pero esto no quiere decir que ahora que no existe la barrera, no tengamos otros. No he podido averiguar lo que ha pasado en la Galaxia durante estos seis siglos, pero pueden existir otras amenazas aún peores. Necesitamos ser fuertes y…

—No pierdas energías tratando de convencerme de algo imposible.

—Aquí no hay nada que merezca la pena. Yo lo he revisado con mis hombres, detenidamente. Sé que estás ahora en el puesto de mando del satélite. Como verás, todo está arrasado, inservible.

Aquello podíamos comprobarlo. Nuestras luces portátiles nos ofrecían un cuadro desolador. El gran salón aparecía como si hubiera sufrido las consecuencias de un huracán. Todo estaba patas arriba.

—Parece que tiene razón —masculló Gene.

—Espero tu respuesta, consejero Valley —apremió Hunt—.

Puedes salvar la vida de tus hijos, si me entregas a los dos atavares que están contigo. En caso contrario, sólo tendré que esperar a que os canséis y destruiré vuestra nave cuando salga de la esclusa. Mis hombres tienen órdenes de hacerlo, si yo no vuelvo dentro de una hora. Desde nuestra posición, os impediremos escapar.

—¿Qué pretendes?

—Vamos a ir al puente y hablar personalmente.

Yo miré desesperadamente aquellas ruinas. Bien, ya estaba donde quería, y no encontraba la solución. Por el contrario, estábamos metidos en una encerrona. Una nave nos impediría salir de allí, y Hunt se dirigía hacia donde nosotros estábamos, indudablemente seguido de un montón de hombres armados, dispuestos a acabar con todos.

—Podemos hacerla por radio —dijo Valley.

—Quiero que sea personalmente —insistió.

Sentí que Rose me apretaba el brazo. Yo me volví, nervioso, hacia ella, y la miré a través de los cristales de los cascos. ¿Por qué sonreía? Ella miró mi enguantada mano. Estaba llena de polvo.

En seguida me dije cómo había sido tan estúpido.

Cada objeto derribado allí, cada utensilio destrozado, estaba cubierto por una gruesa capa de polvo, incluso el suelo. Y las únicas huellas que allí había eran las nuestras.

Entonces, ¿por qué había dicho Hunt que él había estado allí anteriormente, apenas hacía unos meses, y comprobado que nada había que mereciera la pena?

En cambio, Hunt seguía conversando con Valley, como sí tuviera gran interés en no dejar de hacerlo a través de la conexión establecida entre las naves.

Indudablemente, mientras tanto, debía estar aproximándose al puesto de mando. Y allí estábamos nosotros, esperándole como unos idiotas.

—Calle, de una condenada vez —grité al consejero—. ¡Joe, por Dios, cierra el contacto con la nave de Hunt!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Valley, apenas sonó el chasquido que indicaba que Joe había cortado el contacto.

—Nos han estado rastreando por medio de radio, ¿no lo comprende? Hemos sido engañados. Hunt sólo puede llegar ante nosotros, al puesto de mando, rastreándonos por la radio

triangularmente.

—¿Quiere decir que nunca ha estado aquí?

—Naturalmente —respiré con dificultad, y empecé a moverme entre aquel montón de ruinas, buscando, con la luz de mi lámpara, algo que me indujese a pensar que no habíamos perdido el tiempo, y que aún debíamos arriesgarnos a permanecer allí unos minutos, antes que Hunt terminase de recorrer el corto espacio que debía separarle de nosotros.

—¿Cómo es posible que Hunt haya querido encontrar el puesto de mando, y no lo haya conseguido antes? —Inquirió Gene—. No es tan difícil de localizar.

—Hunt, como todos estaba lleno de dudas —expliqué, mientras recorría la sala con impaciencia—. No estaba seguro de si las defensas del satélite funcionaban o no aún. La única nave capaz de llegar hasta aquí sin riesgos era la nuestra, que él no podía usar, sin llamar la atención y sospechas de los demás consejeros, antes de tiempo. Nos siguió, y al ver que el satélite es sólo una reliquia, se atrevió a entrar. Ahora sabe que estamos en este lugar, y ya no duda en mostrarse tal como es, enseñando su juego. Sabe que aquí puede haber algo que le estropearía el plan. ¿Quién se lo ha dicho?

—Cole Harriman —repuso Kemhes, uniéndose a mi infructuosa búsqueda.

—Exacto —dije—. Cole es un especialista en todo lo concerniente a las tropas IRE. Este satélite fue construido por el Imperio cuando aún confiaba que, después de seis siglos, seguiría manteniendo su duro orden en la Galaxia. Si desde aquí, desde esta sala, pensaban reconquistar el planeta rebelde, es lógico pensar que también desde aquí se mandarían las órdenes a los soldados-robots que se desembarcasen en la nueva invasión.

—Oh, David —sollozó Rose—. Estás buscando un emisor de órdenes maestro… —miró, desolada, la confusión—. Pero eso sería imposible. Todo está destrozado.

—No, nada de eso —dijo Kemhes—. El emisor maestro, capaz de anular al que haya construido Cole en Aita, estará bien oculto. Es algo muy importante en el dispositivo ofensivo de la vieja táctica imperial.

—¡Pero no tendremos tiempo de localizarlo!

—En eso, por desgracia, tienes razón —mascullé. Me había

detenido delante de un inductor de energía. Cogí las herramientas que colgaban del cinturón, con un destornillador, empecé a quitar la plancha de acero.

—No hay energía —dijo Kemhes, echando un vistazo a los cables—. La poca que suministra oxígeno debe tener otro tendido.

—Pero desde este panel se alimenta el emisor, Alf —dije, empezando a ponerme nervioso. No cesaba de preguntarme cuándo se iba a presentar allí Hunt, seguido de sus esbirros—. Sólo necesitaríamos un poco de energía para saber dónde está el emisor.

Kemhes me miró, sin comprender.

—¿Qué tiene que ver esto? El emisor debe tener una batería de emergencia. Sólo tenemos que localizarlo. Una vez hecho, la batería funcionará, y podremos neutralizar las órdenes que de Harriman a las fuerzas del IRE.

—Yo puedo captar dónde esté el emisor si éste funciona en posición de reposo, incluso —dije lentamente—. ¿Es que olvidas el receptor de órdenes alojado en mi cabeza? Con los ojos cerrados, iría hasta donde está oculto el emisor.

—Soy un estúpido —murmuró Kemhes—. Debí haber pensado en eso.

Reclamé todas las lámparas. Sólo dejé una funcionando. A todas las demás, les saqué las baterías. Kemhes había cogido unos cables y los estaba pelando, uniendo los bornes. Apretando los labios, queriendo mantenerme sereno, conecté los extremos de los cables a las entradas del panel.

Ahora, sólo había que esperar que no me hubiera equivocado de línea, y estuviéramos derrochando la poca energía de las baterías en otra dirección, donde se perdería inútilmente.

Pero en seguida capté el leve zumbido en mi cabeza.

Giré y corrí por la sala. Rose me siguió, alumbrándome por la única lámpara que seguía entera. En mi camino, derribé mesas, sillas y restos de complicados aparatos destrozados. Me detuve ante una pared de acero, lisa y sin ninguna abertura.

Pero descubrí un pequeño agujero. Empuñé la pistola y disparé contra él una pequeña ráfaga. El cierre saltó, y una sección de la pared se abrió, dejando salir una consola, salpicada de mandos.

Kemhes se adelantó, y encontró el conmutador de la batería auxiliar, que debía alimentar el emisor. Mientras tanto, el zumbido

había estado descendiendo dentro de mi cabeza. Las pilas que habían estado indicando el lugar del emisor se estaban agotando rápidamente. Habíamos actuado más que justo a tiempo.

Cuando Kemhes terminó de activar las reservas de fuerza, el zumbido volvió a crecer.

En aquel momento, se abrió la puerta principal de la sala, y varias luces inundaron el caótico interior.

Pegué mi casco al de Kemhes, para decirle, sin usar el transmisor:

—Por Dios, anula de una vez la emisora de Harriman, que los soldados-robots se queden dormidos en sus puestos, que abandonen las armas.

—Lo intentaré —rezongó Kemhes, manipulando los mandos de la consola.

—Tenemos rodeado este lugar —tronó la voz de Hunt, dentro de mi casco—. Sabemos que están ahí al fondo. Dispararemos, si no salen con las manos levantadas.

Nos refugiamos detrás del montón de ruinas metálicas, y aprestamos nuestras armas. Estábamos sobre una especie de corredor en alto, y nuestros enemigos, a varios metros debajo, caminando entre los montones de chatarra, muy cerca de los viejos ventanales de doble vidrio, a través de los cuales se veían las estrellas y un segmento de Aita.

Rose apagó nuestro único punto de luz. Rogué que Kemhes fuera capaz de trabajar en la oscuridad. Pero, en seguida, varias luces coincidieron más o menos donde nosotros estábamos, y sonaron los tres primeros disparos.

Unas cajas de acero volaron, y cayeron por encima de la baranda de metal. Saqué la mano, y disparé, guiándome por los trazos de los disparos de láser. Como todos usábamos el mismo circuito de radio, un sordo grito me indicó que había cazado a uno de ellos.

—No tienen escapatoria —gritó Hunt—. ¿Por qué no se rinden?

Sentí una mano sobre mi hombro, me volví, y era Kemhes. Me sonrió detrás de su casco, y me hizo con los dedos un signo de triunfo.

—Escuche, Hunt, usted sí ha perdido la partida.

—¿Es usted, atavar Landon?

—Sí, y acabamos de poner en funcionamiento el emisor maestro, que invalidará el que Harriman usa para mover sus tropas de viejos soldados del Imperio.

—Eso es fácil de solucionar —rió Hunt—. Puedo destruir ese emisor, al mismo tiempo que ustedes.

—No será así. Y lo sabe. Harriman le debió explicar lo que pasaría, si nosotros encontrábamos el emisor. Hemos dado orden definitiva a los soldados-robots. ¿Sabe lo que es una orden definitiva?

Hubiera jurado que Hunt sí lo sabía, a causa del silencio que siguió. Sencillamente, era una orden que se emitía cuando se quería licenciar a los soldados adaptados. Ya nada ni nadie podría volver a obligarles a combatir. Ellos se limitarían a sentarse y esperar.

Varios disparos dejaron nuestro parapeto reducido a la mitad. Había derrotado a Hunt, pero seguíamos estando en sus manos. Tenía bastantes hombres, seguramente gente de su confianza.

Volví a gritar:

—He mantenido contacto con nuestra nave, Hunt. En estos momentos, Joe Valley estará comunicando a Aita todo lo que está pasando aquí. Las escasas fuerzas aitas que se le unieron, desertarán, y dominarán a los oficiales del Imperio que usted atrajo a su causa, con promesas de poder y venganza. ¿Por qué no reconoce que ha perdido la partida?

—Maldito bastardo atavar —aulló Hunt.

Vimos salir una figura entre los asaltantes. Llevaba una pistola, que disparaba sin cesar, mientras corría hacia nosotros, buscando un camino para subir hasta la pasarela donde estábamos refugiados.

Nadie le siguió. Las luces de sus hombres danzaron alocadamente como si los que la portaran estuvieran discutiendo, por medio del circuito de corto alcance.

Pero Hunt estaba armado con una potente arma, y no nos dejaba asomar el cuello. Me arrastré por el suelo, e intenté buscar un sitio desde donde poder disparar y cortarle aquella carrera.

El consejero Hunt se dibujó contra uno de los ventanales. El resplandor de su láser me permitió verle, por un segundo. Saqué mi brazo armado y apreté el gatillo. Sabía que sólo podría hacerlo una vez. Porque lo sabía, había puesto instintivamente la potencia al máximo, lo que también provocó el consumo de toda la carga de mi

pistola, en aquel único disparo.

Erré.

Empero, la poderosa energía del rayo hizo explotar el viejo cristal, rompiéndolo en mil pedazos.

En la sala existía suficiente presión para que se precipitase hacia el espacio por la reciente abertura, provocando, durante unos cortos segundos, un huracán.

Nosotros pudimos agarramos a tiempo a los hierros de la baranda, e impedir ser arrastrados al exterior. De soslayo, sosteniéndome con una mano a una barra, y con la otra asiendo firmemente a Rose, vi cómo el cuerpo de Hunt volaba al espacio, en unión de miles de objetos rotos e inservibles.

Ni en mil años podría volver a ser visto.

Nos enderezamos, y descendimos de la pasarela.

Abajo, los hombres de Hunt también se incorporaban recogiendo las lámparas tiradas en el suelo, y que no habían ido, con la fuga de aire, al espacio, por estar atadas al cinto.

Pero estaban desarmados, aunque aquello no nos preocupó demasiado. Todos eran aitas, y estaban en aquellos momentos calculando las posibilidades de obtener leves penas a sus actos.

—Vamos, regresemos a las naves —dije, pasando junto a ellos.

Epílogo

Ha pasado algún tiempo.

Han dejado de llamarme atavar, lo que quiere decir que al fin he conseguido integrarme en la sociedad aita. Tal vez a ello haya contribuido mi matrimonio con Rose Valley.

El golpe de estado de Hunt costó bastantes muertos, pero la tregua no se rompió, y la guerra, que se anunciaba feroz y larga, no se reemprendió.

El emisor actuó eficazmente, y dejó sin el menor ánimo de combate a los soldados-robots, que regresaron a su existencia vegetativa ante el furor de sus oficiales normales, los cuales, una vez conocido lo sucedido en el satélite imperial, depusieron las armas.

Me parece que contribuyó a ello grandemente el saber que el Imperio, al menos como ellos lo conocieron, no existía. Kemhes terminó de convencerlos.

A quien encontramos sin vida fue a Harriman. Creo que fue él el primero que adivinó lo que estaba pasando en el satélite artificial, cuando su emisor dejó de trabajar. Se pegó un tiro, con una pistola que arrebató a un oficial, sin darle la menor explicación.

Pero Harriman dejó suficientes pistas en manos de los científicos que trabajaron para Hunt, para que éstos aceptaran el nuevo trabajo de devolver a la normalidad a mis antiguos compañeros de armas.

Ahora están por buen camino, y las primeras experiencias están dando buenos resultados. De las cinco operaciones practicadas en los cerebros de otros tantos exsoldados-robots, se obtuvieron idénticos resultados satisfactorios. Bueno, siendo optimistas, así debemos considerarlas. Las mentes de estos hombres han alcanzado un estado equivalente a muchachos de diez o doce años, pero, con una terapia adecuada, podrán ser adultos antes de unos meses.

Pronto empezarán las operaciones masivas, y los cirujanos juran

que cada vez serán más perfectas, y hasta el último soldado del extinto IRE, recobrará su antigua personalidad.

Eso será estupendo. Antes de diez años, todos serán ciudadanos de Aita, una magnífica y nueva patria.

Kemhes colabora con entusiasmo en el trabajo, así como otros muchos antiguos oficiales, compañeros suyos. No creo que existan dificultades con ellos. En realidad, todos estaban hartos del duro ejercicio de las armas, en el tenebroso IRE.

Se rastreó hasta el último rincón del satélite imperial, y se llevó al planeta toneladas de restos, entre los cuales esperamos sacar datos que nos ayuden a reconstruir lo que ha pasado en la Galaxia, durante estos seis siglos.

Aita está a unos veinte años luz del planeta más cercano que otrora estuviera habitado y bajo el dominio del Imperio. Tenemos medios para ir allí, y averiguar qué ha pasado.

Tal vez lo hagamos algún día.

A los aitas auténticos no les importa ya mucho conocer la suerte de la Humanidad, en la Galaxia. Se saben libres, sin la amenaza del Imperio. Todos dicen que están así mejor.

Pero yo nací en la Tierra, bajo el dominio de un tirano, contra el cual luché. Sé que aquella tiranía desapareció. Pero quiero saber si otra la suplantó o los hombres aprendieron a ser más justos y libres.

Mas, no tengo mucha prisa. Soy feliz con Rose, y ella ya me ha dicho que pronto tendremos descendencia. Tengo mucho trabajo en Aita, pero no desecho el pensamiento de que, algún día, en la vieja nave imperial que nos llevó hasta el satélite, o en otra mejor, que construyamos, viajemos hasta la Tierra, a la cuna de nuestros mayores.

Se lo he contado a Rose, y ella ha sonreído, aunque un poco tristemente. Sólo me ha pedido que espere un poco, que nuestro hijo nazca y crezca. Entonces, incluso, podremos ir los dos. O los tres, si damos tiempo a que nuestro bebé sea adulto, y decida acompañarnos.

Estoy dispuesto a esperar.

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).